

24
2ej



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

CAMPUS IZTACALA

**LA PARTICIPACION DEL HIJO EN LOS
PROBLEMAS CONYUGALES.**

T E S I S I N A

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:

LICENCIADO EN PSICOLOGIA

P R E S E N T A :

BUSTAMANTE ARIAS ALEJANDRA

DIRECTOR DE TESIS: LIC. CARMEN SUSANA GONZALEZ MONTOYA.

ASESORES: LIC. AMADO RAUL RODRIGUEZ TOVAR.

MTRA. MARIA ANTONIETA DORANTES GOMEZ.



MEXICO, D. F.

1998

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**

270014



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Con amor a mis padres, sin ustedes nada en mi vida hubiera sido igual, su apoyo ha hecho realidad esta meta.

A mis hermanos, en especial a Fabi y a Fermín por estar ahí cada vez que es necesario.

Con cariño a Gabriel por caminar de la mano junto a mí.

A Susan por su sincera amistad, que se fortalece a través del tiempo.

A Norma Contreras quien enriqueció este trabajo a través de sus comentarios. Sus palabras fueron un aliciente para seguir adelante.

A Susana por acompañarme en este trabajo tan importante en mi vida.

E indudablemente a Dios por brindarme la oportunidad de seguir viviendo y mostrarme que en la vida no hay errores sólo lecciones que aprender.

GK AC.9. AS

INDICE

	Pag.
Intróducción	1
Capítulo I	
"Relación de Pareja"	
1.1 Concepción de la relación de pareja bajo diferentes enfoques	8
1.1.1 Conductual	9
1.1.2 Psicoanalítico	14
1.1.3 Sistémico	18
1.2 Ciclo Vital de la Pareja	20
1.2.1 Constitución de la pareja. La luna de miel	21
1.2.2 El matrimonio y sus consecuencias	23
1.2.3 El nacimiento de los hijos	24
1.2.4 Dificultades matrimoniales del periodo intermedio	25
1.2.5 El nido vacío	27
1.3 Areas de Conflicto en la Relación de Pareja	27
1.3.1 Actividades domésticas: roles y tareas en casa	32
1.3.2 Manejo de Dinero	35
1.3.3 Sexualidad	37
1.3.4 Educación y relación con los hijos	39
1.3.5 Familia de Origen	40
1.3.6 Estilo de Vida-Profesión	41
1.3.7 Amistades-Vida Social	43
1.3.8 Comunicación	44

Capítulo 2

“Triangulación”

2.1	Definición	50
2.2	Tipos de Triangulación	57
2.2.1	Progenitor-Hijo	57
2.2.2	Tríadas Desviadoras	61
2.2.3	Tercero incluido como prolongación simbiótica de la pareja	63
2.3	Consecuencias y Secuelas Psicológicas a corto y largo plazo en familias que viven triangulación	65

Capítulo 3

“Lineas de Intervención”

3.1	Escuela Estructural	74
3.2	Escuela Estratégica	79
3.3	Escuela de Milán	87
3.4	Escuela de Bowen	92
	Conclusiones	97
	Bibliografía	103

RESUMEN

El presente trabajo hace un análisis de la participación del hijo en los problemas conyugales y muestra como el individuo es siempre parte activa de un espiral de interacciones. Es entonces erróneo seguir planteando que el hijo es un receptor pasivo de la influencia de sus padres pues las conductas del hijo en cierta medida están continuamente generando la de estos últimos. Incluso sus mismas características causales, edad, sexo y lugar que ocupan en la serie de hijos son factores que estimulan los conflictos entre los miembros de la pareja.

Es así que el hijo refleja de una forma metafórica los conflictos no resueltos que existen dentro de cada cónyuge como individuo y entre los esposos como pareja. Sin embargo la triangulación es una forma de relación que deja a los hijos en una carencia de valor personal, inseguridad, trastornos afectivos, sociales y en general en una detención en el desarrollo y autonomía individual.

Esto da por hecho el porque la unidad básica en la terapia familiar debe estar constituida por los progenitores y el hijo a fin de satisfacer las necesidades de los integrantes de ambos subsistemas y así la familia funcione adecuadamente.

INTRODUCCION

La Terapia Familiar es un método de tratamiento psicológico para mejorar el funcionamiento de la familia como sistema, mediante la evaluación de la unidad familiar y la intervención planeada para lograr cambios en las relaciones interpersonales de los miembros de la familia.

Como antecedente para su surgimiento y consolidación se tiene la influencia de las siguientes cuatro disciplinas: la teoría general de los sistemas, la cibernética, la teoría de la comunicación y el constructivismo. Quien inicialmente tuvo la visión y pudo integrar estas posturas y aplicarlas en los problemas de salud mental fue el antropólogo Gregory Bateson.

En relación a los aportes que hicieron cada una de estas disciplinas, Molina (1996) ofrece una síntesis de ello. Con respecto a la teoría general de los sistemas se dice que fue el biólogo Bertalanffy quien propuso e integró esta teoría, la cual estudia totalidades formadas por partes interconectadas. Para Bertalanffy, no solo los organismos sino muchísimos fenómenos y procesos son partes interconectadas con una meta, que tienen en común el ser sistemas. Por lo que los sistemas son el esqueleto de la realidad, en el sentido de que, a pesar de las enormes diferencias que puedan existir entre dos sistemas, en algo se parecen y esto es lo importante. Este planteamiento fue asumido posteriormente por distintas disciplinas y aplicado a diferentes escenarios. La psicoterapia es uno de ellos. Sin embargo, es importante subrayar que se consideran a los sistemas como un modelo aplicable a varios procesos. No es que el proceso sea un sistema, sino que se utiliza ese modelo para comprender cualquier objeto como sistema. Una familia no es un sistema, que se aplique un modelo sistémico para estudiarla es otra cosa.

Por otra parte, este autor señala que la cibernética aportó el principio de

retroalimentación según el cual un sistema es controlado por la reinserción de los resultados de su funcionamiento pasado. Existiendo dos tipos de retroalimentación. Cuando existe una desviación de la meta y la información sirve para reducir esta desviación, se habla de retroalimentación negativa, y si hace aumentar la desviación, de retroalimentación positiva. Al principio, en lo que se llamo la primera cibernética, se utilizaba predominantemente la retroalimentación negativa. Esta idea fue la que tomaron los primeros psicoterapeutas, quienes buscaban la homeostasis. Cuando existe una desviación de la meta aparece un desequilibrio y la retroalimentación permite regresar a la dirección correcta y equilibrar. Pero la segunda cibernética afirma que en los sistemas abiertos, vivos, autodirigidos, el cambio es inherente, no pueden no cambiar y, por tanto, se basan más en la retroalimentación positiva, que produce más el cambio.

Ya al hablar de la cibernética Molina (1996) refiere que se ha visto la importancia que tiene la comunicación de la información. Así se comenzó a estudiar cómo los organismos envían mensajes que les son devueltos y cómo interactúan con base en el intercambio de tales mensajes. La interrogante, entonces era cómo es que los seres humanos en general y las familias en particular se comunican. Una importante aportación en este sentido fué la elaboración de la teoría del doble vínculo. Asimismo, Watzlawick y colaboradores (citado en : Kriz, 1990) elaboraron algunas propiedades fundamentales de la comunicación humana, que a continuación se expondrán:

Axioma 1. Es imposible no comunicar. Toda conducta dentro de una situación interhumana es comunicación. La no aceptación de esto da lugar a conductas sintomáticas ya que la persona no tiene las habilidades para evitar ciertas situaciones.

Axioma 2. Toda comunicación presenta un aspecto de contenido y uno relacional de tal manera que el segundo comanda al primero y por eso es una metacomunicación. Un mismo mensaje puede transmitir

en un nivel el aspecto informativo o de noticia, representando el contenido del mensaje. En un segundo nivel, puede transmitir el aspecto de orden, referido a la relación entre comunicantes. Suministrando así una serie de indicaciones sobre como interpretar el mismo mensaje.

Axioma 3. La índole de un contexto está condicionada por las puntuaciones que introduce el participante. Sin embargo, la secuencia de las intervenciones es interpretada y percibida arbitrariamente, siendo muy difícil captar la circularidad, como lo sería para un observador externo.

Axioma 4. La comunicación humana se vale de modalidades digitales y analógicas. Las comunicaciones digitales son usualmente transmitidas por palabras, mientras que la segunda por el lenguaje no verbal. Los conflictos se presentan cuando hay incongruencias entre los dos niveles, y los participantes tienden a tratar de resolverlos a nivel de contenido, lo cual es usualmente imposible.

Axioma 5. Los decursos de la comunicación interhumana son simétricos, complementarios o paralelos, según que la relación entre los participantes se base en una igualdad, en una diferencia o puedan cambiar de complementarias a simétricas, de acuerdo con el contexto y las necesidades, respectivamente. Los conflictos, obviamente, pueden darse al no aceptarse una definición de la relación.

Por último, faltaría mencionar, entre los llamados cuatro pilares de la terapia familiar sistémica, lo que hace al constructivismo. Molina (1996) cita que esta corriente afirma que los sentidos son impactados por un estímulo del exterior, se ve algo, se escucha algo, posteriormente se elabora una representación la cual no coincide con el estímulo, y de lo cual obviamente la persona no se percata. Además, se tiene en cuenta que la percepción siempre

es selectiva. De ahí que se vea con los ojos de la propia historia, de la ideología aceptada, de la cultura en que se vive y la experiencia. No hay observación pura; toda la observación está contaminada por el pasado, el cual condena a ver las cosas como se ven y del que no hay forma de escapar. En la terapia esto es sumamente importante; porque tiene que ver con el modo en que se construye algo como problema o no.

Una vez descritas las características básicas de las disciplinas que más han aportado a la Terapia Familiar Sistémica se mencionaran algunos de los principales factores que según Weiner (1992) estuvieron implicados en su desarrollo. Entre ellos se encuentra una complejidad cada vez mayor en las teorías de la psicoterapia individual ya que se hizo evidente que era incorrecto centrar al individuo como contenedor de la patología y pasar por alto los aportes del contexto vincular en que se producían las conductas problemáticas. Los cuales eran un importante factor mediador para el éxito del análisis ya que se observó con frecuencia que los miembros de la familia influían en los esfuerzos del paciente para cambiar, aun después de un análisis muy profundo.

Otros importantes factores fueron la aparición de la terapia de grupo y de la orientación matrimonial como profesión. Con respecto al primero, se tiene que ayudó a crear una atmósfera apropiada para que los clínicos se mostraran menos renuentes a tratar a la familia completa, además publicaron varios informes sobre la terapia de grupo con esquizofrenia y sus padres. En relación a los consejeros matrimoniales se dice que fueron descubriendo la influencia de los conflictos maritales en la evolución de los síntomas individuales y viceversa. De aquí que se haya recurrido cada vez más a estudiar a la familia completa como unidad.

Asimismo, se considera como acontecimiento importante para el

desarrollo de la terapia familiar sistémica la proliferación de estudios sobre la esquizofrenia los cuales pusieron de relieve la importancia de entender a la familia del esquizofrénico como medio para comprender a fondo el proceso de esta enfermedad.

Por último, se encuentra el movimiento de orientación infantil de los años treinta y cuarenta. Phares (1996) comenta que a medida que se ponía más énfasis en los problemas emocionales de los menores, se fue descubriendo que los padres influyen en la etiología y mejoría de estas dificultades. Al principio, la madre era básicamente el foco de atención, en parte debido a su mayor presencia y en parte a la supuesta importancia que tiene la relación temprana entre ella y el niño para el subsecuente desarrollo emocional de éste. Paulatinamente se advirtió que el padre también ejercía un efecto considerable en este desarrollo. Al observar que los padres a menudo implican a sus hijos en sus propios problemas emocionales o muchas veces lo retiran del tratamiento justo cuando se está progresando, los clínicos comenzaron a hacerlos intervenir en el proceso de tratamiento. Si bien primero se tomó esta medida para ayudar a los padres a comprender a su hijo, más que para auxiliarlos a ellos mismos, ya no se excluía a la familia de los pacientes. El formato típico de tratamiento consistía en que el terapeuta trabajara con el menor y que un trabajador social entrevistara a uno a ambos padres. A medida que se contaba con más información y experiencia, se pudo apreciar que cada miembro del sistema contribuía al problema.

Por tanto, como sugieren Whitaker y Bumberry (1991) la calidad de la relación entre los cónyuges es lo que se requiere cuando la pareja se transforma en mamá y papá. Este vínculo entre la madre y el padre es fundamental para los hijos. Ellos se insertan directamente en la calidad del interés y el amor existentes entre sus padres. Su sensación de seguridad o pánico es un reflejo del vínculo emocional existente entre sus padres. Lo

fundamental no es la relación del niño con su madre o con su padre, sino la relación que tiene con la relación de ellos dos.

La incapacidad de la pareja para establecer su relación antes de llegar a ser padres sienta la base para la infelicidad emocional y la triangulación generacional. Al carecer de una relación de pareja afectuosa, los miembros de la pareja se sienten fácilmente sobrecargados frente a las exigencias de la paternidad. La pareja que nunca solucionó el conflicto acerca de quien "gana" con respecto a las actividades del fin de semana, los quehaceres domésticos y la familia de origen, entre otros, no tiene posibilidades cuando los hijos ingresan en la escena.

La ilusión de que el hecho de tener un bebé permitirá curar una relación conyugal dañada es peligrosa. Normalmente termina por crear un cisma mayor y acrecentar la desesperación. Dejando a los hijos desgarrándose entre afecto y lealtades conflictivas a fin de "estabilizar" una relación de pareja con la que ninguno de los dos integrantes está realmente satisfecho.

Con base en lo anteriormente dicho se pone de relieve la importancia de estudiar el fenómeno de la triangulación pues el vivir en relaciones ambivalentes que oscilan entre el amor, la agresión y el abandono trae consigo una gran variedad de consecuencias nocivas tanto para la misma pareja como para el hijo involucrado, quien a través de su comportamiento será pantalla de los problemas de pareja que internalizará. Lo cual le dificultara sin duda entre otras cosas mantener relaciones hombre-mujer satisfactorias, repitiendo así en su vida el drama familiar con otros. Siendo este uno de los aspectos que se pretenden evitar al intervenir en las familias que viven la triangulación.

Aquí es necesario puntualizar que el abordaje de la triangulación se hará desde un enfoque sistémico ya que este pone énfasis en la familia quien

evidencia ser el sistema central del ser humano pues los principales valores y objetivos del hombre, su adaptación social, remiten a lo que sucedió y sucede en la familia. Además los integrantes de la familia se presentan bajo esta teoría como elementos de un círculo de interacción, en el que la conducta de un miembro influye necesariamente en la de todos los demás y es influido a su vez por estos. Esto proporciona la base para poder discernir el papel que juega cada integrante del triángulo y a partir de ello intervenir eficazmente en el sistema.

El cual es precisamente el objetivo de la presente investigación: analizar la intervención del hijo como tercera persona en el conflicto de pareja, a través de una revisión teórica, que permita dar alternativas terapéuticas para el tratamiento de dicha situación.

Para cumplir dicho propósito se abordará en una primera instancia lo que es la relación de pareja desde diferentes enfoques (conductual, psicoanalítico y sistémico), el ciclo vital de la pareja y áreas de conflicto, lo cual dará pauta para hablar acerca de la triangulación ya que como se ha mencionado ésta se suscita al encontrarse una pareja en conflicto. Dentro de este segundo capítulo se establecerá lo que implica la triangulación para con base en ello ahondar en los diferentes tipos de triangulación y las consecuencias que se dan en las familias que viven la triangulación. En el último capítulo se revisaran de acuerdo a las diferentes escuelas surgidas dentro de la terapia familiar (estructural, estratégico, de Milán y Bowen) algunas de las alternativas terapéuticas que pueden aplicarse en la intervención de dichas familias.

CAPITULO 1

RELACION DE PAREJA

1.1 Concepción de la relación de pareja bajo diferentes enfoques

De todas las experiencias humanas, la más extraña y también la más gratificante es sin duda el descubrimiento de la pareja, el dejar caer las barreras frente a ese otro que ya no forma parte de los demás.

Sin embargo, en la cultura actual, en particular, la estructura de la pareja parece poder describirse de formas muy distintas. Si se intenta asociarla al matrimonio, resulta que también ha de abarcar las uniones homosexuales. Si se intenta definirla por la duración ilimitada de la relación se puede proponer, la celebración de matrimonios mediante contratos de cinco años de duración como solución de garantizar el futuro de la pareja. En última instancia, una característica de la pareja sería que no admite una definición simple, pues la relación de pareja tiene la propiedad de adoptar múltiples formas sin dejar de ser identificable como tal (Caillé, 1992).

Por lo que se hace conveniente a continuación mencionar a que se referirá cada vez que se hable de la relación de pareja, para lo cual se han retomado las observaciones hechas por Sluzki, Liberman, Scheflen, Jackson, Bleichmar, Berenstein y Fry en 1975 en torno al matrimonio. Dichos autores mencionan que la heterosexualidad no es el único rasgo característico del matrimonio; existe otro que, curiosamente, pasa inadvertido pero que puede ser el aspecto más importante : es la única relación colaborativa a largo plazo que se conoce bien. Así pues, hay varias creencias compartidas sobre la naturaleza del matrimonio como relación institucionalizada que deben considerarse:

- 1) Es una relación voluntaria, aunque se desarrolla en una cultura que la considera como casi obligatorio.
- 2) Es una relación permanente; es decir, se la supone un contrato vitalicio ("hasta que la muerte nos separe ").
- 3) El matrimonio en el mundo occidental es una relación exclusiva, donde las partes se consideran virtualmente suficientes el uno para el otro, con una exclusión de terceros y de relaciones externas.
- 4) Es, en términos generales, una relación orientada hacia el logro de metas, con muchas tareas vitales mutuas que deben cumplirse a largo plazo y con etapas marcadas por límites de tiempo, cada una de las cuales tienen sus problemas particulares.

De esta manera se entenderá por pareja la relación profunda que se da libremente entre un hombre y una mujer al contraer matrimonio y que tiene intención de duración en el tiempo.

Como se sabe el tema concerniente a la relación de pareja puede ser abordada desde diferentes aproximaciones teóricas tales como la Teoría Gestalt, Humanista, Conductual, Psicoanalítica y Sistémica. No obstante, a continuación sólo se revisaran en término generales la forma en que los últimos tres enfoques conceptualizan la relación de pareja.

1.1.1 Conductual

Esta teoría sostiene que la mayor parte de los determinantes de la conducta humana pueden localizarse en la relación dialéctica y continua que existe entre el individuo y su entorno. Costa y Serrat (1982) comentan al respecto que toda conducta tiene lugar en un contexto ambiental en el que hay circunstancias y sucesos que la preceden y la siguen, que han recibido el nombre de estímulos. Los estímulos tienen una influencia controladora sobre la

conducta, pueden ser antecedentes y consecuentes, según que precedan o sigan a la conducta en cuestión. Por ejemplo, el ambiente agradable (música, comida favorita, verbalizaciones del tipo "te he preparado algo estupendo"...) que se encuentra la señora X al llegar a casa puede indicar que con toda probabilidad ocurrirá una relación de intimidad afectiva o sexual. Por el contrario, si la señora X encuentra a su pareja con verbalizaciones exigentes y gestos de malhumor, lo que ocurrirá probablemente es que se inicie una discusión. Como se puede ver estos estímulos que preceden a una conducta adquieren el valor de señales discriminativas, porque en el pasado estuvieron asociados repetidamente con la conducta a la que preceden. Y ésta tiende a ser fomentada por dichas señales.

Por su parte, los estímulos consecuentes pueden tener un doble efecto sobre la conducta que les precede. En primer lugar, pueden incrementar la probabilidad de que la conducta en cuestión se presente en el futuro. A estos estímulos se les denomina reforzadores positivos y reforzamiento es el proceso por el cual la conducta se incrementa. Escuchar, abrazar, sonreír, hablar y prestar atención son en general una clase de reforzadores que los seres humanos están utilizando cada día en sus contactos sociales y también en la relación interpersonal con la pareja. No obstante, cuando una conducta determinada no es seguida de reforzadores acaba por debilitarse. A este proceso se le denomina extinción y suele jugar un importante papel en el deterioro de muchas relaciones de pareja, ya que uno o ambos componentes de la misma pierden, por su modo de comportarse, ese valor reforzante necesario para mantener la relación. En otros casos puede ocurrir que resulte más gratificante la relación con otra persona y que por problemas de tiempo, ideológicos, entre otros, se cree cierta incompatibilidad con la primera, extinguiéndose así la relación que existía. A este proceso se le denomina contracondicionamiento. También el fenómeno de saciación tiene un efecto

controlador en el comportamiento de ambos miembros de la pareja pues el valor reforzante de la relación puede perderse e incluso tornarse aversivo.

Sin embargo, dichos autores señalan que el reforzamiento positivo es una consecuencia necesaria pero no suficiente para el aprendizaje de una conducta. Es necesario que existan además unos requisitos previos sin los cuales no puede aprenderse tal o cual comportamiento. Dado que conductas tan complejas como la de vivir en pareja no llega a establecerse en toda su profundidad de modo repentino y por refuerzos contingentes más o menos ocasionales. Desde el primer contacto visual e intercambio de palabras entre dos desconocidos, hasta el mantenimiento estable de relaciones íntimas y personales que pueden contraer esas dos mismas personas, existe un proceso más o menos largo de mutuos intercambios de refuerzos y gratificaciones, que para ser efectivo y llegar al objetivo final: vivir en pareja, ha tenido que ir centrándose en aquellas conductas que gradualmente se han ido adquiriendo y han servido de soporte básico de las siguientes.

En segundo lugar, Costa y Serrat (1982) puntualizan que las consecuencias o estímulos que siguen a una conducta pueden ser aversivas o no deseadas. En estos casos lo más probable es que se trate de escapar o evitar dichos estímulos. Cuando esto ocurre se experimenta un cierto alivio por la eliminación de la estimulación dolorosa o no deseada, lo cual refuerza la conducta de evitación o de escape y por tanto la probabilidad de que ocurra dicha conducta en el futuro. Este proceso de aprendizaje se llama reforzamiento negativo. El cual suele ser habitual en las parejas con relaciones deterioradas, pues en ocasiones uno o ambos miembros de la pareja utilizan el castigo como medio de eliminar conductas no deseadas en el otro. El esposo que insulta y grita a su esposa por haber llegado tarde a casa está utilizando el castigo como sistema de control para que esta conducta no se vuelva a repetir en el futuro. El castigo es una técnica de control que no parece ser eficaz a

largo plazo, ya que suele tener serios inconvenientes: fomenta la agresividad y las emociones negativas.

Hasta aquí se puede destacar que en la relación de pareja, las conductas de cada uno de los miembros de la misma tienen efectos mutuamente controladores. Este control ocurre por la presencia o ausencia sistemática de conductas de ambos miembros de la pareja, gratificantes o aversivas que establece un proceso de influencia y control recíproco y circular de conductas y consecuencias.

Por tanto, desde un enfoque conductual se puede considerar la relación de pareja como una relación interpersonal cuyo mantenimiento está sujeto a la regla general del intercambio de reforzamiento. De tal modo que la pareja con una relación satisfactoria será aquel sistema de interacción en el que se produce reforzamiento positivo por los dos miembros en un gran número de áreas de funcionamiento. Este sistema de interacción implica una interdependencia con respecto al funcionamiento de cada elemento de la pareja ya que un cambio en el funcionamiento de uno de ellos repercutirá en la interacción provocando un resultante distinto, que en el caso de implicar disminución de reforzamiento llevará a una solicitud del cambio de comportamiento (Macía y Méndez, 1988).

Sin embargo, como ya bien lo cita Cusinato (1992) no hay que olvidar que el individuo no responde al mundo real, sino al mundo percibido, que es el que matiza e incluso distorsiona el entorno y la relación. De ahí que la satisfacción de ambos miembros de una pareja está muy en relación con la valoración e interpretación que ambos hacen de la conducta del otro, con base a tres factores fundamentalmente:

1. Hábitos perceptivo-cognitivos: Quienes determinan la apreciación que un determinado individuo hace de su vida de relación y del comportamiento de

su pareja y por tanto el grado de satisfacción que estos le deparan así como el grado de exigencias y concesiones que puede hacer el otro. En algunos casos el error cognitivo es de sobregeneralización (“como una chica me engaño en el pasado, todas las mujeres, incluida mi mujer, son y serán siempre infieles”). En otros, es de catastrofismo (“es horrible y desastroso que mi pareja no se acuerde de mí en un día como hoy”). También puede existir el hábito de percibir únicamente los fracasos, errores o imperfecciones propios o del otro, o el de valorar la relación y la conducta del otro de modo rígido (“o es o no es un amante perfecto y si no lo es, es malo, no me interesa”).

2. **Expectativas y experiencia de la relación percibida:** Matizan el valor reforzante del intercambio conductual de una pareja. Unas expectativas excesivas o exclusivas y por tanto no satisfechas, conducen a minusvalorar las gratificaciones del otro y de la vida de relación en general además de reducir el umbral de tolerancia a las frustraciones y a la estimulación aversiva que toda relación interpersonal, en algún grado, conlleva. Por ejemplo, es muy corriente encontrar la expectativa de mantener un alto nivel de sucesos positivos sin realizar ningún esfuerzo para lograrlo.
3. **Percepción de alternativas:** Cada uno de los miembros de una pareja compara el resultado de su vida de relación con alternativas ya pasadas, presentes o futuras. Por ejemplo, romper con su pareja supone, para muchas mujeres, perder la posibilidad de comer, amén de soportar la coacción social.

Por último, cabría señalar que una relación de pareja también se da en un marco normativo que matiza significativamente el punto de contacto en donde se da la relación. Por ejemplo, una mujer que vive una relación aversiva tendrá más probabilidad de romper con ello o de exigir mejores soluciones en la negociación si tiene independencia económica, si existe el divorcio y si además el grupo social en que vive no ejerce coacciones significativas.

Asimismo el entorno en donde tiene lugar el intercambio conductual de la pareja, puede también estar limitado por la escasa disponibilidad de tiempo libre para implicarse en actividades placenteras, falta de recursos económicos, la existencia de enfermedades crónicas en algún familiar e inaccesibilidad de recursos sociales (viajes, cenar fuera, colegio para los hijos), entre otros.

De esta manera, a fin de que una pareja mantenga la cohesión debe poseer mecanismos de ajuste no coercitivos ante los cambios que se produzcan en ellos o en las situaciones en las que se tienen que desenvolver. Dichos mecanismos se concretan en una forma de comunicación directa sobre sus opiniones e intereses, un sistema efectivo de negociación y resolución de problemas y un comportamiento de búsqueda de nuevas fuentes de reforzamiento. Cuando estos mecanismos de ajuste no se ponen en funcionamiento ante la saciación o pérdida del valor reforzante, para uno o para los dos componentes de la pareja, ante la aparición de discrepancias o problemas, o ante cambios externos a la relación de pareja pero que inciden directamente en ésta (como puede ser un cambio en la situación laboral de alguno de ellos, un traslado de ciudad de residencia o el establecimiento de una relación reforzante con otra persona distinta a su pareja), la interacción pierde poder reforzante, detectándose la existencia de un problema principalmente por parte de la persona en la que más repercute esa pérdida de reforzamiento, quien planteará quejas sobre la relación y/o demandará cambios de actuación a la otra persona (Macía y Méndez, 1988).

1.1.2 Psicoanalítico

Mientras tanto, desde un enfoque psicoanalítico (citado en: Caillé, 1992) Freud manifiesta que el desarrollo psíquico del individuo no puede evolucionar normalmente sin la constante presencia del otro en quien intenta encontrar lo que le falta, el apoyo y la plenitud así como también lo que es, ha sido o

desea ser. Esto es, busca en el otro la solución a su problema, pero el otro, naturalmente no puede serle suficiente porque gran parte de estas expectativas y de esos deseos son contradictorios e inconscientes. La pareja aparece entonces como una mezcla o un collage de fragmentos heterocliticos aportados por los cónyuges, que por elección y por azar a la vez, se dan una serie de rasgos comunes, de complementariedades que permiten que ambas partes salgan beneficiadas.

En relación a esto se ha introducido el término "colusión" para describir el recíproco acuerdo inconsciente que determina una relación complementaria en la cual cada uno acepta desarrollar ciertas partes de sí conforme con las necesidades del otro y renuncia a desarrollar otras partes, que en cambio, proyecta sobre el compañero (Nicoló, 1990).

Willi (citado en: Kriz, 1990) resume de la siguiente manera la sustancia conceptual de la colusión :

1. Colusión significa un inconfeso y secreto juego recíproco de dos compañeros, que nace de un conflicto básico semejante y no dominado.
2. El conflicto común no dominado se reparte en roles diferentes, lo que produce la impresión de que uno de los compañeros es el opuesto del otro. Pero se trata en definitiva de variantes polarizadas de lo mismo.
3. La unión en un conflicto básico de igual especie favorece, en las relaciones de pareja, intentos de autocuración progresiva (sobrecompensadora) en uno de los compañeros y regresiva, en el otro.
4. Esta conducta defensiva progresiva y regresiva contribuye de manera sustancial a la atracción y el aferramiento diádico de los compañeros. Cada uno espera que el otro lo libere de su conflicto básico. Los dos creen que el otro los sostiene en la defensa frente a sus angustias profundas al punto que así logran satisfacer sus necesidades en una medida nunca alcanzada hasta entonces.

5. En una convivencia prolongada, este intento de autocuración colusiva fracasa a causa del retorno de lo reprimido en los dos compañeros. Reafloran en el sí mismo las partes desplazadas sobre el compañero.

Debido a que como todo sistema que representa retroalimentación positiva también la relación de pareja tiene que pasar a posiciones extremas cada vez con mayor rapidez. La delegación de los propios impulsos reprimidos, que al comienzo se vivió como una liberación y como satisfacción, se desenmascara cada vez más como prohibición absoluta, como fijación y encadenamiento total de la personalidad. A la larga el progresivo no soporta más proporcionar al compañero la satisfacción regresiva que el mismo se deniega, pero el regresivo odia al progresivo (y se odia a sí mismo) porque lo afrenta conocer su propia dependencia y que se le señale la asistencia que se le brinda. De esta manera el juego recíproco de los compañeros, se puede convertir en una colusión destructiva cuyos rasgos patológicos adquieren nítido relieve.

Los mecanismos sobre los cuales se basa la colusión son de acuerdo con Nicoló (1990) los siguientes: la idealización, la escisión y sobre todo, la identificación proyectiva. La idealización que caracteriza al comienzo las situaciones de enamoramiento, pone en marcha la colusión de la pareja y se transforma en una serie de "ilusión sostenida" entre sus miembros, que permite la permanencia modulada y realista de la relación de pareja a lo largo del tiempo. En las situaciones menos favorables, en cambio, la desilusión que se deriva de ello puede llegar a causar bruscos quebrantamientos de la relación de pareja. La identificación proyectiva recíproca y complementaria determina un intercambio de sentimientos, de emociones y de partes de sí de cada uno de los miembros con respecto del otro. Este proceso puede llegar hasta la externalización de partes del sí mismo. La utilidad de este mecanismo es múltiple: permite ante todo comunicar, pero también controlar o atacar en

el otro las partes escindidas o reprimidas del sí mismo así como su desarrollo y su posibilidad de ser actuadas en una realidad.

De ahí que se diga que en la relación de pareja, el sujeto no solo busca que su cónyuge tenga la capacidad de satisfacer sus expectativas conscientes, sino también la de participar en su organización defensiva, a fin de no despertar los conflictos no resueltos, sino de reprimirlos aun mejor. Dado que uno de los mayores bienes es el de reforzar el propio yo y asegurarlo frente a aquel conjunto de pulsiones nunca controladas del todo a causa de las dificultades nacidas en la evolución histórica del sujeto (Cusinato, 1992).

Cabe destacar entonces que el nivel de diferenciación alcanzado por parte de cada miembro de la pareja juega un papel fundamental en el modo de percibir y tratar la relación de pareja. Cusinato (1992) plantea que cuando la identidad esta suficientemente definida la persona puede permitirse estar en contacto con la miseria y sufrimiento ajenos sin verse implicada emocionalmente y sin identificaciones excesivas. En consecuencia, podrá responder con cierta adecuación a las demandas que le hacen. Por el contrario, señala este autor, una individualización empobrecida no permite entrar en situaciones de intensa implicación emocional, de las que el sujeto solicitado tiende instintivamente a huir poniendo en marcha formas de distancia o de retiro esquizoide. Si no resulta llevar a cabo la huída, entonces suma a la compasión y a la empatía el remordimiento y la vergüenza frente a la turbación emocional o al dolor. Con ello compromete sus propios esfuerzos para servir de ayuda a las necesidades reales del otro. Además, puede poner en marcha un mecanismo más perverso reavivando en sí mismo modalidades regresivas de dependencia infantil, con posturas de inferioridad creciente y de inadecuación. Con todo ello trata de suscitar una mayor atención e intensificar los sentimientos de compasión y culpabilidad. Las exigencias pueden alcanzar niveles de exasperación y de total agotamiento de los recursos de quien

socorre, el cual responderá probablemente con el deseo de destruir al autor de tales exigencias, poniendo en marcha modalidades punitivas, descorteses e incluso crueles. En tal situación relacional es casi imposible que el sujeto poco diferenciado pueda sentirse responsable de su propio comportamiento y sentimientos. Se instala en la postura de censura del otro, al que culpa de la infelicidad, del sufrimiento, del fracaso. Y rechazará de forma rotunda cualquier afirmación en sentido contrario.

En todo esto se esconde una solicitud de ayuda (“¡Sácame de este sufrimiento!”) que sin embargo, no puede ser convertida fácilmente en realidad porque todo intento que una de las partes realice para establecer una identidad más clara y diferenciada será vista e interpretada por la otra parte como ataque, negativa o traición. Así, cada uno termina por expresar demandas imposibles al tiempo que se ve metido en el proceso no factible de salir al encuentro de las suplicas del otro (Kriz, 1990)

1.1.3 Sistémico

Minuchin y Nichols (1994) refieren que es una fantasía considerar que la relación de pareja nos complete, en el sentido de remplazar lo que nos hace falta, que la confianza de un esposo reemplace la inseguridad de la mujer, o que la naturaleza franca de la esposa resuelva la reticencia del marido. Dos mitades no se convierten mágicamente en un todo por el solo hecho de decir: “ Si quiero”. No obstante, dos personas que se unen constituyen un todo, otra cuestión es que resulte o no el todo que uno quiere. Ya que la pareja es un ser vivo que teje su propia historia la cual puede causar las delicias o por el contrario, la desesperación de quienes intervienen en ella.

La teoría sistémica de primer orden concentra su estudio en el equilibrio dinámico existente entre los miembros de la pareja procurando analizar

atentamente las características observables de la vida en pareja. Ya que se contempla una relación de pareja como un sistema integral, un organismo total, en donde las maneras de relación de sus miembros, depende una de otra en forma circular y un círculo no tiene ni principio ni fin (Willi, 1985).

Caillé (1992) señala que el funcionamiento de la díada aparece entonces por primera vez como un fenómeno diferenciado digno de estudio y no ya como mero subproducto de la actividad de sus componentes. Y precisamente uno de los textos que marca un hito en esta nueva lectura es el artículo publicado por D. D. Jackson en 1965, donde introduce la noción de un "quid pro quo" (literalmente: "una cosa a cambio de otra") dentro del matrimonio. La cual es una expresión de la naturaleza legal de un intercambio o de un contrato en el cual cada una de las partes debe recibir algo a cambio de lo que da, contrato que define los derechos y obligaciones de las partes en el contexto de la transacción. Por lo que la relación de pareja puede compararse también con una transacción que determina los diferentes derechos y obligaciones de los miembros, donde a cada uno puede pedírsele que haga X, si y porque el otro hace Y. El quid pro quo, es por tanto, una metáfora que se basa esencialmente en la constatación de que una interacción continuada entre dos personas por fuerza da lugar, en plazos de tiempo bastante cortos, a la aparición de redundancias en el comportamiento que revelan la configuración de una pauta de relación de acuerdo de lo que es o no aceptable en el contexto de la relación establecida. Por ello para la teoría sistémica de primer orden es importante que el quid pro quo este claro y que sea funcional y renegociable. Aquí es importante comentar que el quid pro quo no es manifiesto, consciente, o el resultado de un acuerdo real sino mas bien un modelo impuesto por el observador a las redundancias significativas de la interacción de la pareja y debe ser entendido siempre metafóricamente .

Por su parte, la nueva teoría sistémica se interesa por la pareja "que hay

detrás de la pareja", a sabiendas de que, si bien se puede establecer un diálogo con ella jamás se podrá establecer un plano exacto de la misma, pues se trata de un sujeto complejo, de un actor cognitivo y no de un objeto (Caillé, 1992).

Pues la pareja es más que la suma de sus partes; es un sistema dentro de otros sistemas, que se mantiene gracias a universales como el flujo y reflujo de la posesión, las luchas por el poder, quién esta abajo y quién arriba, quién asedia y quién se reserva, quién lucha y quién renuncia, quién aborda sexualmente a quién, quién hace las labores de la casa, como tratar a los niños y los valores que establecen lo que debe ser la buena vida (Framo, 1990).

El tino con que estén trazadas dichas dimensiones es uno de los aspectos más importantes que determinan la viabilidad de la estructura de la pareja a lo largo de su ciclo vital.

1.2 Ciclo Vital de la Pareja

Las personas y las parejas pasan por diferentes etapas durante su vida que requieren de cambios estructurales o de segundo orden. Ciertas disfunciones están ligadas a la incapacidad de algunos sistemas conyugales de lograr las transacciones requeridas de una etapa a la siguiente. La única forma de mantenerse en una etapa previa es a base de conductas sintomáticas en uno o más miembros de la familia. El conocimiento de estos estadios le permite al terapeuta detectar e incluso anticipar posibles problemas. A continuación se mencionarán los aspectos más importantes que se generan dentro de cada etapa.

1.2.1 Constitución de la pareja. La luna de miel

Willi (1985) considera que en el inicio de esta fase el joven cambia de pareja con frecuencia debido a que sólo quiere demostrarse a sí mismo y en ocasiones a los demás, que puede conquistar a su pareja y por medio de esas cualidades elevar el sentimiento de su propia estimación. Además de que le posibilita descubrir sus posibilidades de relación y se da cuenta de sus limitaciones. Estas conquistas van perdiendo poco a poco el carácter de juego pues cada vez se hace más necesario para el adolescente el sentirse comprometido hasta en los aspectos más íntimos de su personalidad por un compañero dentro de una relación más estable. Dicha relación ha de seguir su evolución como una especie de "proceso de filtrado" ya que cada persona llevará a cabo una serie de experimentos o exploraciones, en términos de ir revelando retazos de información acerca de sí mismo y de indagar de manera similar sobre la otra persona. A partir de esto las personas intentarán establecer el grado de similitud entre ellos, en cuanto a intereses, actitudes y aspiraciones personales. La naturaleza de la información que se intenta obtener y proporcionar variara a medida que la relación evoluciona. Al principio, es posible que sea bastante general y que gire en torno a los gustos musicales, a las actividades que se prefieren realizar durante el tiempo libre y a las amistades que tiene cada uno. A medida que la pareja sigue adelante, la información que se busca quizá se centrará en cuestiones más específicas, tales como sus aspiraciones en la vida, su comportamiento sexual, la manera de expresar las emociones, y en detalles más personales acerca de las experiencias que han tenido ambos durante la vida. A medida que la relación de una pareja evoluciona, la interpretación que cada uno de ellos hace del otro empieza a regular la relación que mantienen (Dallos, 1996).

Delimitando así el carácter de exclusividad no solamente respecto a los demás posibles compañeros, sino del mismo modo frente a la familia de

origen. La vida del adolescente en el hogar paterno durante esta fase es casi siempre insatisfactoria ya que se siente empequeñecido por la imagen fija que de él tienen sus padres. El alejamiento de la casa paterna se agudiza en gran manera con la idea de que él, con su pareja, pueden organizar un matrimonio y una familia mucho mejor que sus padres. Lo cual tiene su base en el estado amoroso en el que se encuentran. Souza y Machorro (1996) añaden al respecto que durante esta fase llamada de luna de miel, lo destacado es la exclusión en cada una de las partes de todo elemento agresivo u hostil respecto del otro. Es así que se dice que los enamorados no se critican nada y no solo se lo perdonan todo, sino que además ignoran el defecto y debilidad del elegido.

En esta fase no se es capaz de soportar la menor visión desfavorable del elegido y hasta se rehúsa la percepción propia cuando no aparece congruente con la visión idealizada que se tiene del otro. De modo que la expectativa aumentara la idealización mediante una retroalimentación positiva. Ambos participantes se sienten parte del otro, como formando parte de él, fundidos en una fusión que es más que la posesión misma, una especie de grado más avanzado en la desesperación de los límites del yo y de la desaparición de los límites entre el uno y el otro. Sin embargo Avila y Pochi (1994) mencionan que cuanto más aspectos del yo individual deban quedar fuera para mantener la idealización, mayor será el peligro intrapersonal como interpersonal, por la dificultad para ser soportes del otro si el inestable equilibrio se quiebra. En esta etapa predominan los miedos, dudas, temores a la intimidad, a la dependencia, a la toma de decisiones y a la sexualidad.

Se dice que el joven durante estos encuentros en ocasiones tiene un sentimiento peculiar de tensión que pudiera conducirlo a una pérdida de identidad. Por lo que si el joven no supera este sentimiento de cargas puede llegar a aislarse y en el mejor de los casos, a aceptar únicamente relaciones

personales muy estereotipadas y formales (Willi, 1985).

1.2.2 El matrimonio y sus consecuencias

Cualquiera que sea la relación entre dos personas antes del matrimonio, la ceremonia modifica en forma impredecible su naturaleza. Para muchas parejas el periodo de la luna de miel y el tiempo que transcurre antes de que tengan hijos es un periodo agradable. Para otros no lo es; puede producirse una tensión capaz de romper el vínculo marital o generar síntomas en los individuos. Mientras tanto, otros enfrentan dificultades debido a la finalidad que los animo a contraer matrimonio, por ejemplo, escapar de sus familias sin encontrar posteriormente otra base para continuar a lado de su pareja (Haley, 1994).

Estrada (1987) indica que uno de los factores que amenaza en esta fase es la idealización. Es bien sabido que en los primeros años del matrimonio persiste gran parte de la idealización hacia la persona con quien se formara pareja. Sin embargo, cuando esta idealización se rompe bruscamente ya sea por ligas emocionales de gran intensidad a los padres o bien por dudas y temores hacia el compañero que no han podido ser detectadas y manejadas, es una alarma que invita a abandonar el proyecto de una nueva relación, gracias a la desilusión y el desengaño.

Cuando la pareja casada empieza a convivir, debe elaborar una cantidad de acuerdos necesarios para cualquier par de personas que viven en íntima asociación. Deben acordar nuevas maneras de manejarse con sus familias de origen, sus pares, los aspectos prácticos de la vida en común, y las diferencias sutiles y difíciles que existen entre ellos como individuos. Implícita o explícitamente han de resolver una extraordinaria cantidad de cuestiones, algunas de las cuales son imposibles de prever antes del casamiento: quién

decidirá donde vivir, que grado de influencia ejercerá la esposa sobre la carrera de su esposo, si cada uno ha de dictaminar acerca de los amigos del otro, si la esposa trabajara o permanecerá en el hogar, y cientos de interrogantes más.

A medida que va elaborando una nueva relación mutua, la joven pareja también debe diseñar modos de encarar los desacuerdos. Es frecuente que durante este periodo inicial eviten la discusión abierta o las manifestaciones críticas debido al aura benevolente que rodea al nuevo matrimonio y a que no desean herir sus respectivos sentimientos. En el transcurso de este proceso elaboran modos de resolver los desacuerdos y dejar cosas en claro. A veces las soluciones son en sí mismas insatisfactorias y provocan un creciente descontento, que emerge más tarde en el matrimonio (Haley, 1994).

1.2.3 El nacimiento de los hijos

El nacimiento del primer hijo obliga a una reorganización del funcionamiento de la pareja. Además de la función esposa-esposo aparecen la de madre, padre e hijo, y la relación de pareja es además relación familiar. Cambia también la relación con la familia de origen abriendo un nuevo espacio, a través del nieto. Pues con el nacimiento de un hijo, la joven pareja queda más distanciada de sus familias y a la vez más enredada en el sistema familiar. Siendo padres, son menos hijos; y se individualizan en mayor medida como adultos; pero el niño los introduce más en la red total de parientes, crea abuelos y tíos en ambas familias.

En este momento la pareja ya está más definida y estructurada, con límites más precisos entre las definiciones de cada uno de ellos y diferenciados también con respecto al exterior.

Es una fase problemática tanto para el hombre como para la mujer. En

el primero a veces surgen los celos por el necesario reparto del tiempo, cuidados y atenciones con el hijo (Avila y Ponchi, 1994). Mientras tanto a la mujer la etapa del cuidado de los hijos pequeños se plantea un problema especial. El ser madre es algo que ellas anticipan como una forma de autorrealización. Pero el cuidado de los niños puede ser una fuente de frustración como persona. El anhelo de una mayor participación en el mundo adulto para el que se preparo puede hacerla sentir insatisfecha y envidiosa de las actividades de su marido. El marido tal vez empiece a erosionarse, en la medida en que la esposa requiere más ayuda en la crianza de los niños y más actividades adultas mientras él se siente agobiado por su mujer e hijos y estorbado en su trabajo. A veces una madre intentara exagerar la importancia de la crianza, alentando a un hijo para que tenga un problema emocional, al que entonces pueda dedicar su atención.

A pesar de las dificultades que se suscitan por los niños pequeños, el periodo más común de crisis es cuando los hijos comienzan la escolaridad. En esta edad es frecuente que el chico funcione mal, en parte por lo que sucede dentro de la compleja organización de la familia, pero también porque él se esta involucrando cada vez más fuera de la familia. Los conflictos entre los padres acerca de la crianza de los niños se hacen más manifiestos cuando su producto es exhibido en público. La escuela representa, además, su primera experiencia con el hecho de que los hijos terminarán por dejar el hogar y ellos quedarán solos frente a frente (Haley, 1994).

1.2.4 Dificultades matrimoniales del periodo intermedio

En esta etapa la pareja esta más definida en su status, en su sistema de reglas y normas. Ambos integrantes de la pareja están suficientemente definidos y diferenciados (Avila y Pochi, 1994). Ambos miembros de la pareja han encontrado su identidad en gran medida en la común convivencia y

separación de las tareas. Ahora les cuesta trabajo seguir asentados en esa imagen de sí mismos. Uno ya no está dispuesto a subordinar sus propios intereses al matrimonio y a la familia; por el contrario quisiera recuperar aquellas posibilidades de vida que le fueron obstruidas por la solidaridad con la pareja; quisiera ser uno mismo y no tener que adaptarse a su pareja.

Algunos maridos opinan que su vida y ellos mismos, no se han afirmado con sentido y se inclinan a atribuir la culpa de su fracaso a su matrimonio, porque éste ha obstaculizado su desarrollo profesional. A pesar de que hayan obtenido todos los éxitos profesionales por los que han luchado con gran esfuerzo, surge con frecuencia la sensación de malestar, de vacío y de depresión ; se presentan dudas sobre si uno había imaginado efectivamente la vida como ha resultado ser.

En esta fase se le considera menos atractiva a la mujer y además sufre los cambios de la menopausia lo cual le produce la sensación de que va marchitándose. Considera que ha consagrado sus mejores años a la familia que ahora se disuelve : sus hijos la abandonan, su marido la rechaza. Ya que en esta fase, algunos entran en relaciones extramatrimoniales, otros pretenden divorciarse (Willi, 1985).

Los años medios son la época en que los hijos pasan de la niñez a la juventud. La llamada turbulencia adolescente puede ser vista como una lucha dentro del sistema familiar por mantener el ordenamiento jerárquico previo y comunicarse a través de los hijos (Haley, 1994). Por otro lado, se reduce el valor del "yo común" y las amistades cobran más importancia. La crisis de los años intermedios puede ser decisiva para la madurez. Se recomienda en este momento tolerancia madura y sabiduría para volver a dar valor a la historia en común de muchos años.

1.2.5 El nido vacío

La pareja se encuentra después de años dedicados a compartir su tiempo, intereses y dedicación los hijos. Si todo ha ido bien es un encuentro positivo. La igualdad de valor suele desplazarse hacia la esposa al plantearse la jubilación del marido y su estancia en el hogar. Los cónyuges dependen cada vez más el uno del otro, lo cual puede ser positivo, pero también puede ser fuente de conflictos. Se llega a discusiones violentas, a guerra de posiciones, a producirse molestias mutuas y a pequeñas malignidades en las que pretende afirmarse ante su pareja. Esta pequeña lucha puede convertirse en el significado de su vida y hace que se pongan en juego las fuerzas que les quedan; no pocas veces se aísla la pareja ante el ambiente hostil; se atrincheran en su vivienda y las desiluciones y los desaires comunes por parte de los hijos les va consumiendo. La aparición de enfermedades, la vejez, el miedo a la muerte, todos estos temas están presentes en estos momentos. La relación familiar ahora se hace con base a pautas que acuerdan con sus hijos ya adultos (Avila y Pochi, 1994).

A través de cada etapa como se ha señalado se da un cierto tipo de problemática dada las circunstancias que se viven. No obstante, a continuación se abarcarán los diferentes tipos de conflictos que pueden surgir en la relación de pareja.

1.3 Areas de Conflicto en la Relación de Pareja

Pittman (1990) menciona que pocas personas se preparan para la relación de pareja o incluso creen necesaria dicha preparación. Se les dice: "Cuando llegue la persona indicada para ti, lo sabrás y entonces, ocurrirá el milagro y vivirán felices para siempre ". De algún modo la sociedad transmite el mensaje de que la relación de pareja funciona mágicamente si se produce

entre las personas "adecuadas", y si no funciona se debe a que ninguna de ambas era la "correcta" para la otra.

Además las personas de hoy cuentan con que la relación de pareja va a satisfacer casi todas las necesidades psicológicas. Han adquirido en muchos casos nociones completamente fantaseadas de romanticismo histórico. Con respecto a esto Bornstein y Bornstein (1992) señalan que son justamente, estas expectativas no realistas e idealizadas las que nutren el desencanto temprano de la pareja, las cuales se citarán a continuación:

1. "El amor surge a primera vista".
2. "El amor es un estado emocional espontáneo, integrado por una activación fisiológica, una confusión de sentimientos, una absorción intensa y un deseo abrumador".
3. "El amor es ciego (es decir, el enamorado no se da cuenta de las fallas o limitaciones de la persona amada)".
4. "El amor lo puede todo (es decir, ningún obstáculo es de envergadura suficiente para interponerse a un verdadero amor)".
5. "Sólo hay un amor verdadero (es decir, hay una persona especial para cada uno, pero sólo una)".
6. "El amor es sinónimo de pasión y de unión sexual".
7. "El amor implica éxtasis y dolor".

Aunado a esto Satir (1988) menciona que uno de los problemas realmente básicos en nuestra sociedad es que la relación de pareja se funda casi completamente en el amor y luego plantea exigencias que el amor, por sí sólo, nunca podrá satisfacer:

"Si me amas, nunca harás nada sin mí"

"Si me amas, harás lo que yo diga"

"Si me amas, me darás lo que quiera"

“Si me amas, adivinaras lo que deseo, antes de que te lo pida”

Este tipo de normas rápidamente transforma el amor en una especie de chantaje. Para ser más específica, “si siento que no valgo mucho, y si tu y yo tenemos una relación que se supone tiene por base el amor, me resulta fácil depender de tus halagos, tu atención, tu aceptación, tu dinero, para sentirme bien”. “Si no me demuestras continuamente que vives para mí, entonces me siento poca cosa”. Esto es una forma de “hablar de amor”, pero en realidad resulta chantaje. Ya que como refiere la misma Satir (op. cit.) el verdadero amor significa no poner condiciones ni aceptarlas, la integridad de cada quien se respeta. Pues no hay que olvidar que existen tres elementos en una pareja tú, yo y nosotros; dos personas, tres elementos, cada uno significativo, cada uno con vida propia y cada uno haciendo posible al otro.

La realización plena del amor inicial de una pareja depende de cómo las dos personas hagan funcionar los tres elementos. La forma en que funcionan esos tres elementos es parte de lo que Satir llama el proceso, el cual consiste en las decisiones que ambos tomen y la forma de actuar de acuerdo a esas decisiones que tienen que ver con cosas que hacen en común y que antes hacían solos (como dinero, alimentos, diversiones, trabajo y religión). El amor es el sentimiento que da principio a la relación de pareja pero el proceso es lo que lo hace funcionar.

Todas las parejas tienen tropiezos de vez en cuando, todas tienen su dotación de dolor, desengaños o desaveniencias. Podrán superar o no estos obstáculos dependen de sus habilidades de comunicación para la negociación de problemas. De ahí que O’Neill y O’Neill (1976) subrayen la importancia de que las parejas tengan una relación abierta, en donde hombre y mujer existan y se desarrollen como individualidades y a la vez, trasciendan su dualidad y logren la unidad en otro ámbito, más allá de sí mismos; una unidad que se

desarrolle partiendo del amor que el uno se siente por el otro y del desarrollo de ambos. Conocerse y realizarse con su pareja en una relación abierta, en vez de hacerlo a través de su pareja en una relación cerrada, constituye un viaje de exploración. Que no sólo resulta estimulante, retador, sino que prepara para flotar en las corrientes de los cambios. Ya que la gente se casa con esquemas y expectativas basadas en su experiencia anterior, en la propia familia, por lo general la relación de los padres que, de algún modo, se les ha mantenido en secreto. Si la relación de los padres era abiertamente conflictiva, es probable que ninguno de ellos haya sido lo bastante objetivo como para dar a sus hijos indicaciones útiles acerca de qué es lo que funciona y qué es lo que no funciona. Si los padres se casaron varias veces, quizá los hijos hayan aprendido algo sobre la transitoriedad de las relaciones o incluso hayan detectado algunas señales acerca de que es lo que deben evitar. Los hijos de familias divorciadas parecen más propensos al divorcio. Quizá no han aprendido como solucionar los problemas familiares, pero si como escapar de ellos.

De modo que las personas, señala Pittman (1990), se casan con los brillantes y las esperanzas intactas sin tener en cuenta a las muchas o pocas relaciones, propias y ajenas que han padecido antes. Esperan que esta será diferente porque por fin han encontrado la persona "perfecta". Luego reaccionan con horror al descubrir características que les recuerdan a su madre, o a su primer marido, o a cualquier otro. No han aprendido que una pareja no es alguien que cayó del cielo sino el producto de una capacitación en el lugar de trabajo. Y es que como refiere Kriz (1990) amor, dedicación y buena comunicación, lo que se requiere para la convivencia en pareja, no son como perlas que uno pudiera conservar sino como plantas que requieren continuo crecimiento y renovación para no agotarse.

Pues existen numerosos factores desencadenantes del equilibrio que pueden provenir ya sea del interior o del exterior del sistema conyugal. Por ejemplo, puede suceder que el marido sea trasladado por su compañía a otra ciudad, lo que implica que la esposa tendrá que alejarse de su familia extensa. Así el arreglo complementario por el cual "yo seré una esposa para ti en tanto me permitas seguir siendo una buena hija para mis padres" ya no será viable. El acuerdo tácito queda roto y se intensifica la tensión en torno al tema de las lealtades familiares.

La tensión también puede provenir del interior de la relación, cuando uno de los miembros de la pareja comienza a sentirse insatisfecho respecto del modo en que se está negociando la complementariedad. Por ejemplo, el arreglo original del tipo alumno versus maestro puede trastornarse si el miembro de la pareja que tiene el rol de alumno comienza a resentirse por la autoridad del maestro. La reacción característica del maestro consiste en redoblar sus esfuerzos por restaurar su autoridad, lo que incrementa la rebeldía del alumno y da lugar a un ciclo de interacción intensificado (Papp, 1991).

De ahí que la teoría sistémica distinga entre el estado de salud y el de disfunción de la pareja, de acuerdo con los siguientes parámetros.

El sistema es saludable:

1. Cuando los límites son claros y pueden modificarse a instancias de las necesidades reales de sus miembros.
2. Cuando las reglas son justas, claras, sabiamente establecidas, mantenidas e instrumentadas y pueden cambiarse si las circunstancias lo demandan.
3. Cuando los miembros del sistema comprenden claramente los roles que asumen en forma voluntaria y los actúan adecuadamente.
4. Cuando se alienta la autonomía, la libertad y la responsabilidad individuales, dentro de un contexto de unidad del sistema.

5. Cuando la comunicación, sin ser coercitiva, es empática, clara, directa, unívoca, concreta, congruente, presenta alternativas y propicia la retroalimentación entre los miembros del sistema.

El sistema de la pareja entra en disfunciones psíquicas y sociales cuando uno o ambos miembros violan, de una manera u otra uno o varios de los parámetros antes citados (Nieto-Cardoso, 1994).

Lo cual se pondrá de manifiesto a continuación ya que se revisarán algunas áreas de conflicto que se pueden generar en la relación de pareja.

1.3.1 Actividades domésticas: roles y tareas en casa

Pittman (1990) dice que la relación de pareja es la unión de un hombre y una mujer. Cada uno ha sido educado para formar la mitad de una pareja, y es por tanto un ser humano incompleto. A los hijos se les prepara para los rituales del cortejo, y se les va modelando en los estereotipos de su sexo: duros y seguros, invulnerables, competentes en todo, para no tener miedo, al punto de convertirse en personas que no demuestran jamás sus emociones. También se les permite ser groseros, vulgares, materialistas, promiscuos en lo sexual y dominantes e incluso, los alientan a ello sus familiares, sus pares, sus modelos y la sociedad. A las niñas se les enseña a ser pasivas, colaboradoras, funcionalmente limitadas, emocionalmente románticas, de buenos modales, dispuestas a sacrificarse. Se les adiestra para que controlen las relaciones con el hombre sin mostrar su poder, sin dejar de nutrir a los hombres con lealtad ni dejar de fomentar su confianza en sí mismos. Sin embargo, como bien lo señalan Walters, Corter, Papp y Silvertein (1991) esto ha generado que las mujeres sean reticentes en cuanto a exigir lo que necesitan ya que no se sienten con derecho a que sus necesidades sean satisfechas y temen parecer egoístas. Los hombres por su parte, son renuentes a reconocer cualquier

necesidad emocional por temor a sentirse humillados o rechazados. De tal manera que al no poder negociar desde una posición de fortaleza y autoconfianza, la mujer desarrolla métodos encubiertos e indirectos de comunicar sus necesidades, tales como llorar, mostrarse desvalida, ponerse a la defensiva, replegarse o cuando todo lo demás falla, desarrollar un síntoma. El hombre confundido por esta comunicación indirecta, recurre a catalogar a la mujer de "emocionalmente inestable" o "manipuladora". Los hombres mencionan dichos autores nunca han aprendido a pedir lo que quieren porque dentro de la estructura tradicional de la familia han llegado a dar por sentado que una mujer se ocupará de satisfacer sus necesidades físicas y emocionales. Sin embargo, cuando estos cuidados femeninos se ven interrumpidos por acontecimientos tales como la llegada de un hijo o la reanudación por parte de la esposa de sus estudios o su trabajo, muchos hombres experimentan intensos celos y sentimientos de abandono. Dado que estos hombres detestan esa parte de sí mismos que es dependiente, tratan de reprimirla y reaccionan ya sea replegándose o volviéndose agresivamente exigentes. Expresar sentimientos de soledad, temor, tristeza o desamparo podría socavar el sentimiento que tienen como varones fuertes e independientes. En lugar de revelar cualquier anhelo que tengan, esperan que las mujeres de sus vidas interpreten lo que ellos sienten. Si las mujeres no lo interpretan correctamente, estas parejas terminarán disputando en torno de otras cuestiones.

Por otro lado, la literatura sugiere que la ideología de género (cómo una persona se identifica a sí mismo (a) en términos de roles maritales y familiares tradicionalmente vinculados al sexo) está relacionada con la división de labores en la casa. No obstante, Greenstein (1996) afirma que para comprender cómo se genera la división de labores domésticas en la relación de pareja es necesario examinar no sólo el efecto que tienen las ideologías de los esposos y esposas, sino la interacción que se da entre ellas. En este sentido fue que realizó una investigación con 2,719 parejas casadas a quienes se les

aplicó un test referente al tiempo dedicado a realizar labores domésticas así como la especificación de las mismas. Los resultados indican que los esposos hacen relativamente pocas labores domésticas a menos que ambos o sus esposas sean relativamente no tradicionales en sus creencias acerca del género y sus roles maritales. Dicho estudio ofrece una nueva comprensión al abordaje de esta área ya que es vista desde un enfoque más interaccional que permite enfocar los problemas domésticos de distinta manera, al considerar las actitudes y creencias básicas que cada miembro de la pareja aporta a la situación evitando así que el terapeuta sea envuelto en situaciones triviales acerca de a quién le toca lavar los platos.

Por su parte Katzev, Warner y Acock (1994) elaboraron un estudio con 1,023 mujeres casadas cuyo objetivo era corroborar de qué manera influye el género del hijo en el nivel de participación paternal y a su vez en la estabilidad marital. Los resultados obtenidos muestran que el tiempo que los padres invierten en sus hijos o en la realización de quehaceres domésticos está relacionado con la percepción de justicia que tienen las esposas acerca de la división de responsabilidades. Se dice que las esposas con una actitud más tradicional limitan la participación del padre evitando renunciar a su autoridad y responsabilidad en la educación del hijo y en la esfera familiar pues consideran al padre una amenaza en su rol de ama de casa. Mientras tanto se considera que las esposas con actitudes no tradicionales evalúan una división más igualitaria de labores por lo que buscan compañeros comprometidos en todos los aspectos de la vida familiar. En estos últimos casos los autores encontraron que las esposas sienten más ventaja cuando los padres pasan el tiempo libre en actividades con sus hijos varones o ayudando en el trabajo doméstico. Sin embargo, observaron que cuando su hijo es mujer participan substancialmente menos, lo cual es percibido por las esposas como una desventaja en la relación marital ya que el esposo no está llevando a cabo las responsabilidades paternas que le corresponden. Lo que puede generar conflictos en la pareja.

Por tanto, los roles sexuales estrictos tornan la relación de pareja inflexible y por consiguiente, propensa a la crisis. La flexibilidad de los papeles sexuales aumenta la adaptabilidad conyugal y vuelve más abierto el conflicto marital, lo cual para algunas personas es insoportable.

1.3.2 Manejo de Dinero

Muchas parejas se pelean por asuntos de dinero más que por cualquier otra cuestión. Esto es comprensible, ya que el dinero representa poder y control. En su estudio de 150 parejas Blumstein y Schwartz (1983) descubrieron que el derecho de tomar y hacer valer decisiones en los matrimonios está influido por el ingreso relativo de cada cónyuge. Esta jerarquía económica generalmente favorece al hombre, que es el que aporta mayores ingresos.

En tres de los cuatro tipos de parejas estudiadas por estos autores había una correlación directa entre el ingreso y el poder.

Entre las parejas heterosexuales, las mujeres adquirían mayor autonomía económica y más poder para tomar decisiones en forma proporcional al aumento de sus ingresos. La excepción la constituían aquellas parejas que continuaban sustentando la filosofía del "proveedor masculino". En estos casos, los maridos tenían mayor poder aun cuando sus esposas ganaran tanto o más dinero que ellos. Por tanto, no es el dinero por sí solo sino la combinación y la tradición del predominio masculino lo que establece el equilibrio del poder.

En las parejas con preferencia a la homosexualidad femenina, el equilibrio de poder no estaba determinado por los ingresos de cada una de las

mujeres. Esto se interpretó como un reflejo del hecho de que las mujeres tienen menor tendencia que los hombres a juzgar su propio valor y el de su pareja en términos de dinero.

A diferencia de las parejas con preferencia a la homosexualidad femenina, las de homosexuales varones basan el derecho al predominio en el aporte económico de cada uno de sus miembros. Estos patrones de relación llevaron a Blumstein y Schwartz en 1983 a la conclusión de que son los hombres, los que por generaciones han estado aprendiendo en su lugar de trabajo que el dinero equivale a poder, quienes han creado esta situación en el hogar.

La cuarta categoría de parejas estudiadas fueron los cohabitantes (mujeres y hombres que viven juntos sin estar casados) quienes proporcionaron la prueba más concluyente del vínculo entre el dinero y el poder. En estas relaciones, el rol de proveedor masculino perdía su importancia y la actitud de la pareja hacia el dinero se asemejaba a la de las parejas homosexuales masculinas y femeninas que a las de las parejas casadas. Tanto los hombres como las mujeres preferían ser económicamente independientes, evitando la dominación económica y simbólica que el matrimonio permite que los hombres impongan a las mujeres.

El dinero no sólo representa la seguridad económica sino que también ha llegado a ser símbolo de status, prestigio y autoridad, tanto en el lugar de trabajo como en el hogar.

Al respecto Coria (1989) hace referencia a un modelo particular de relación en las parejas, a través del dinero y al que ha denominado la "metodología del goteo". Esta metodología se caracteriza por no dar nunca más dinero que el estrictamente indispensable; por hacerlo efectivo después

de que surge la necesidad, evitando todo anticipo que otorgue algún grado de libertad a quien lo requiera; por esperar generalmente del reclamo del otro, cuya demanda reiterada lo coloca siempre en una situación desventajosa; por ser muy sensible a fluctuaciones inesperadas que dependen en gran medida del estado de ánimo de quien otorga o del momento particular que atraviesa la relación. De esta manera, la metodología del goteo es un filtro de dinero que permite dejar de lado a quien dispone el derecho de tomar las decisiones, y del otro lado, como única alternativa, la resignación. Evidentemente se trata de una manera de ejercer un poder, que se manifiesta indirectamente al generar las condiciones para coartar el desarrollo de su autonomía y limitar la adquisición de criterios propios y el desarrollo de capacidades organizativas. Contribuye sin lugar a duda a perpetuar un juego mutuo de poder y de dependencia.

El dinero es utilizado de muchos modos diversos para negociar los conflictos matrimoniales. Por ello es importante que los terapeutas incluyan preguntas acerca del manejo del dinero en su recolección habitual de información sobre las parejas. Aun cuando una pareja es económicamente solvente y el dinero no es un factor que amenace su supervivencia y tiene incidencia en la índole de sus conflictos (Walters, Carter, Papp y Silverstein, 1991).

1.3.3 Sexualidad

Sager (1980) señala que a menudo, los matices de los aspectos sexuales y parasexuales reflejan en verdad la relación de la pareja. Las mismas luchas de poder, mecanismos de defensa, capacidad de intimidad o distanciamiento, exigencias, posturas sádicas o masoquistas, actitudes infantiles o parentales, e incluso la misma aptitud para arruinar los goces propios o los del compañero

en el preciso instante de su disfrute que existen en las otras áreas de relación pueden prevalecer también en el área sexual.

No obstante, para muchas relaciones de pareja la faceta sexual no refleja una similitud total con su relación global. A veces, surge como parámetro único de su interacción, en el cual uno o ambos integrantes de la pareja pueden actuar de un modo distinto al usual, o bien su actividad sexual parece disociada de sus otras actividades conjuntas. Hay parejas que riñen, discrepan en casi todos los valores, y sostienen constantes luchas de poder, pero que aún las mantiene una atracción sexual intensa y recíproca, y son capaces de gozar y realizarse sexualmente.

También ha observado Sager (op. cit.) que existen esposos enamorados, con una relación excelente, modalidades congruentes, cuyas necesidades e inclinaciones se completan bien (o al menos presentan una complementariedad aceptable, no corrosiva), pero que sin embargo no se excitan entre sí sexualmente. Les falta esa intimidad, franqueza y excitación que son capaces de sostener emocional y verbalmente. Algunas de estas parejas se cuentan entre las que mantienen buenas relaciones, pero sufren tedio o evitación sexual.

Otro grupo lo forman aquellas parejas que, en general, mantienen una excelente relación afectiva, pero en las que uno o ambos miembros de la pareja padecen una disfunción sexual que evidentemente, no es síntoma de ninguna aberración intrapsíquica profunda. Algunas veces se ha encontrado que, luego de un tratamiento sexual exitoso, la pareja vuelve al tiempo para plantear dificultades maritales generales, que han salido a la luz al no poder utilizar ya el sexo como chivo emisario o pantalla de otros problemas conyugales.

Por razones que todavía no se comprenden del todo, algunas personas no caen en la inhibición o disfunción sexual dentro de una relación hostil, ni se vuelven vulnerables a los estímulos interaccionales negativos. Estos individuos son capaces de separar su respuesta y placer sexuales de aquellos aspectos secundarios y perturbadores de su relación conyugal y afectiva que para otras personas podría ser causa de disfunciones.

1.3.4 Educación y Relación con los Hijos

Con la llegada de un hijo la pareja tiene ahora nuevas responsabilidades que la obligan a mantenerse unida y a sufrir, lo que abre nuevos y maravillosos caminos hacia la discordia. Existe por supuesto, la posibilidad de que un niño pueda mejorar el matrimonio. Sin embargo, lo más probable es que el nacimiento del niño proporcione toda una sinfonía de nuevas ocasiones de crearse dificultades uno al otro.

Existen tantas maneras de disputar en torno a los niños, que han inspirado un tipo especial de terapia: terapia infantil; exigiría un índice de docientas páginas tan sólo para compilar los diferentes tipos de querella. En general se las puede dividir en dos clases: aquellas en las que las discordias matrimoniales se expresan en función de los niños y aquellas en que se inculpa a los hijos por las discordias.

La mayoría de las parejas aprenden fácilmente a utilizar a los hijos para exteriorizar conflictos de matrimonio. Si una mujer le tiene mala voluntad a su pareja por el aire de superioridad con que la trata por ser mujer, puede discutir con él sobre el derecho de la hija a ser considerada igual a los hijos varones. Si el marido está desesperado por el desorden en que la esposa tiene sumido al hogar, puede quejarse a gritos de que la hija nunca limpia su habitación. La mujer que desea decirle "imbécil" al marido quizá ponga de relieve la

necesidad de someter al hijo que tanto se parece a él, a un test, porque tal vez sea retardado. Evidentemente, la posibilidad de separación disminuirá a medida que aumente el número de hijos disponible a los que se puede inculpar de las desdichas matrimoniales (Haley, 1991).

Desde luego, a veces estas diferencias son de criterio y se basan en la diferente educación recibida por los cónyuges y no necesariamente en diferencias conyugales expresadas como discrepancias acerca de los hijos. Cuando las diferencias no son conyugales, bastará que los padres arriben a una especie de compromisos mutuo para que el hijo sintomático mejore. Pero cuando las diferencias son conyugales, y la pareja persiste en afirmar que sólo se refiere a la crianza de los hijos, el hijo sintomático seguira siendolo.

No obstante, el mayor obsequio que los padres pueden hacer a sus hijos es una relación matrimonial viable y autónoma. Un matrimonio fuerte, que es la mejor forma de que los hijos sean libres para vivir sus propias vidas. Después de todo, la función primaria de la vida familiar es, dicho llanamente, la preparación de los jóvenes para la siguiente generación (Framo, 1990). Ya que en el subsistema conyugal, el niño contempla modos de expresar afecto, de acercarse a un compañero abrumado por dificultades y de afrontar conflictos entre iguales. Lo que presencia se convertirá en parte de sus valores y expectativas cuando entre en contacto con el mundo exterior (Minuchin y Fishman, 1987).

1.3.5 Familia de Origen

La mayoría de las decisiones que hace una pareja recién casada no sólo está influida por lo que cada uno aprendió en su respectiva familia, sino también por las intrincadas alianzas actuales con los padres, de ahí que generalmente, la fase inicial sea el momento oportuno para pelear con motivo

de los parientes. Por ejemplo, el punto de vista de los padres influye en si la esposa ha de trabajar, o en dónde va a vivir la joven pareja. Esta debe establecer su territorio, con cierta influencia parental, y a su vez los padres deben cambiar los modos de tratar a los hijos, una vez que estos se han casado. Para la pareja joven, el exceso de ayuda benevolente puede ser tan dañino como la censura no constructiva. Cuando los padres siguen proveyendo apoyo financiero, hay una negociación implícita o explícita acerca de su derecho a dictar su modo de vida (Haley, 1994). Asimismo, el triángulo formado con la suegra puede ser utilizado con todas sus variaciones clásicas, y el hombre, si es sabio, inducirá a su madre a instruir a la esposa sobre cómo debe atenderlo, por ser ella, quien conoce bien ese punto. Otra productiva razón de disputa consiste en trabajar con un pariente político ya que cualquier motivo de queja que tenga la pareja con su trabajo, se puede tomar como una crítica a la familia. Pasar las vacaciones en casa de la familia de ella, o bien pasarlas con los familiares de él constituye un motivo de discusión, entre otros (Haley, 1991).

Algunas parejas intentan delimitar su propio territorio en forma totalmente independiente, cortando toda relación con las familias de origen. Esto no suele dar resultado, por el contrario, tiende a desgastar a la pareja, porque el arte de la relación de pareja incluye el que la independencia se alcance mientras al mismo tiempo se conserva la involucración emocional con los respectivos parientes (Haley, 1991).

1.3.6 Estilo de Vida-Profesión

Franco (1994) plantea que si se entiende por trabajo profesional aquella labor que se realiza con esfuerzo y competencia y con mentalidad de mejora y superación, dentro o fuera de la casa, remunerada o no, se puede decir que el trabajo ocupa la mayor parte del tiempo de la vida de cada uno de los

miembros de la pareja. Además, considerando que por lo general es en función del trabajo como se organizan los demás acontecimientos personales, es natural que este mundo no pueda serle ajeno a la pareja.

No hace falta desempeñar el mismo trabajo que realiza la pareja para comprenderle, lo que hace falta más bien es interés por su actividad para que la comunicación en cuestiones de profesión les dé a la pareja seguridad y serenidad.

Borrar de la vida de relación el aspecto profesional, refiere dicho autor es dejar un vacío profundo en la comunicación de la pareja, ya que todo trabajo por poco importante que parezca, conlleva un grado de esfuerzo y entrega, y es precisamente la intensidad de este hecho lo que hace meritoria la labor.

Cuando un miembro de la pareja valora en menos la actividad de su compañero ya sea porque de entrada considere que no tiene mucho prestigio social o porque su retribución no sea considerable (o nula como la del ama de casa), o bien no le agrade, estará desencadenando de inmediato malentendidos, reproches, situaciones tensas, reclamos y exigencias entre los dos. Ejemplo de esto es el de las mujeres que acosan a sus esposos con insistentes preguntas de por qué sale y a dónde va; de sí ha demorado más de lo previsto o tendría que haber llegado después. O bien los esposos que por el motivo que sea, desprecian las labores caseras restándoles su valor.

Sin duda esta es otra de las áreas en donde la pareja puede recrearse un sin fin de situaciones problemáticas que pongan en riesgo la misma relación.

1.3.7 Amistades-Vida Social

Lieberman, Wheeler, Visser, Kuehnel y Kuehnel (1987) han observado que muchas parejas que llegan a una terapia tienen problemas que derivan de su pobre distribución de su tiempo de ocio y de sus actividades sociales. Una aproximación útil que sugieren ellos para estudiar esta situación es a través de las siguientes cuatro categorías de interacción: como individuos, pareja, parte de un grupo social y como familia. La distribución de tiempo dedicado a cada una de las cuatro áreas se modifica y transforma durante todo el ciclo de vida. Los recién casados, generalmente, quieren más tiempo dedicado a ellos como pareja, al igual que las parejas mayores que vuelven a sus propios recursos. La cuarta categoría se dedica más prioritariamente a las familias en las que los niños están creciendo. Una pareja puede parecer desincronizada cuando una parte necesita más tiempo como individuo a una cierta fase que está atravesando. O bien puede darse el caso de que ambos cónyuges no estén necesitando dar la misma importancia a las mismas categorías al mismo tiempo.

A continuación se mencionarán brevemente algunas de las situaciones que pueden surgir dentro de cada categoría, de acuerdo con estos autores:

1. **Actividades recreativas como individuos.** Como adulto, toda persona casada tiene necesidad de usar individualmente el tiempo libre separado de su compañero. Aunque si bien puede darse el caso de aquella pareja que demande demasiada unidad, diciendo: "Pero yo no quiero divertirme sin mi esposo. Le amo tanto que quiero estar con él todo el tiempo". El peligro aquí es que la otra persona tenga la sensación de estar ahogado con demasiado contacto y atención, generando una especie de propia-inmolación que es sofocante para ambos esposos. Un grado equitativo de separación, en la actividad recreativa puede minimizar el sentimiento de que no se le permite a uno dirigir la propia vida individual.

2. **Actividades recreativas como pareja.** Demasiadas actividades recreativas por separado pueden significar un crecimiento aparte. Una y otra vez se escucha: "Nosotros no hacemos nada para divertirnos" o "No podemos permitirnos el lujo de salir". Es comprensible que las parejas sometidas a compromisos de tiempo y de presupuesto económico pongan esto como prioritario sobre la diversión. Asimismo, puede ocurrir que individualmente tengan diferentes necesidades cuando están juntos por lo que no disfrutan el tiempo que comparten por estar discutiendo.
3. **Actividades recreativas con otras parejas.** Las parejas en general tienen un contrato no escrito sobre la iniciación de planes para las actividades sociales. Es interesante saber cuál de los compañeros asume esta responsabilidad y cómo se sienten los dos con esto ya que puede dar pauta a que algunas parejas tengan problemas. Por otra parte, si la mayoría de sus socializaciones son con amigos divorciados de él, amigas solteras de ellas, o parejas que estén deshaciéndose, puede que esto tenga una influencia adversa sobre su relación de pareja.
4. **Actividades recreativas como familia.** Muchas parejas pasan demasiado de su escaso tiempo libre en visitas rutinarias con las familias de origen, donde los hábitos han llegado a ser una costumbre, los preparativos para celebrar las fiestas son difíciles de romper y el aburrimiento y los altercados están a la orden del día.

Es así que cuando es diferente la cantidad de espacio emocional que cada miembro de la pareja desea dentro de la relación, las irritaciones y las frustraciones que llegan tanto de la saciación como de la deprivación pueden inducir a conflictos.

1.3.8 Comunicación

La comunicación es una condición sin igual de la vida humana y de las

relaciones sociales ya que resulta ser el factor más importante que determina el tipo de relaciones que uno vaya a tener con los demás y lo que le suceda en el mundo que lo rodea (Andolfi, 1994).

Satir (1988) plantea que la comunicación es la norma por la que dos personas miden mutuamente su nivel de autoestima y también es el instrumento por medio del cual ese nivel puede modificarse para ambos. Asimismo comenta que la comunicación abarca toda la amplia gama de formas en que las personas intercambian información; incluye la información que proporcionan y reciben y la manera en que ésta se utiliza. Además de comprender el sentido que las personas imparten a esta información.

Por su parte, Bornstein y Bornstein (1992) entienden por comunicación el conjunto de medios simbólicos a los que recurren las personas para transmitir mensajes. Las palabras y la conducta verbal en general constituyen la forma más habitual de comunicación. No obstante, las conductas no verbales suponen también una categoría muy importante de comunicación. Mencionan estos autores que los símbolos tienen que ser mutuamente compartidos si se requiere que el mensaje sea comprendido en sus justos términos. Dicho de una manera más sencilla, si el significado no es compartido, los malentendidos van a surgir con toda seguridad. De este modo, el término genérico de problemas de comunicación se refiere a la transmisión inadecuada de mensajes simbólicos.

No hay duda de que los déficits de comunicación constituyen un problema nuclear en la existencia de un conflicto de pareja. Lo que las palabras hablan entre sí, y la forma en que lo hacen, influyen en el nivel de satisfacción percibido en la relación. Dada la importancia que tiene esta área dentro de la relación de pareja, en este apartado se ahondarán algunos aspectos concernientes al tema.

Lemaire (1986) señala que en una primera época de la vida de la pareja, la comunicación se ve facilitada cuanto se la siente más agradable debido al gran deseo mutuo de comunicarse y conocerse. Por supuesto, algunas parejas se muestran capaces de mejorar y profundizar siempre su comunicación y se reinventarán toda la existencia con nuevos modos de comunicación que permitan reestructurar periódicamente su relación mutua. Pero en muchos, por el contrario, esta disminución de la comunicación empieza muy pronto ya que por ejemplo anteriormente tenían tareas comunes; de carácter urgente o necesario (un trabajo remunerador, la instalación de una actividad profesional, cargas familiares) en torno a los que limitaban sus cuestionamientos, no obstante, una vez cumplidas dichas tareas el vínculo entre los miembros de la pareja se atenúa radicalmente y por ello las comunicaciones se ven restringidas en el plano de su vida afectiva, condiciones que no les permitirán desarrollar nuevas afinidades o atractivos eróticos suficientes.

Existen otros frenos a la comunicación en el seno de la pareja, entre los que se encuentra la búsqueda de una cierta seguridad al evitar conflictos lo cual lleva a los interesados a limitar más o menos voluntariosamente su nivel de comunicación, aun tomando en cuenta la gran cuota de ilusión que puede haber en una actitud así. La información recíproca también puede tender a agotarse en la medida en que cada uno de los dos miembros casi no evolucione y no sea capaz de elaborar nuevos mensajes que dirigirse a su compañero. Esto es verdad, sobre todo cuando ni uno ni otro está ya solicitado por las presiones de la vida social exterior. Otro freno de la comunicación que describe Lemaire (1986) es el miedo a disgustar al otro miembro de la pareja lo cual frena la emisión de un mensaje crítico que lo descalifique a su vez. Ante dicha situación dicha persona preferirá callar o confundir sus propias emisiones, antes que una explicación dolorosa que saque a la luz el sufrimiento y un cierto fracaso de la pareja.

Por su parte, Satir (1988) comenta que cuando uno trata de escuchar a otra persona se encuentra ante una especie de circo de tres pistas. Se atiende al sonido de la voz de la otra persona, experimentando temores pasados y futuros que conciernen a los dos, tomando consciencia de la propia libertad de decir lo que uno siente, y finalmente, concentrándose en un esfuerzo por entender, el significado de las palabras de su compañero. Sobre la base de esta complicada actividad interna que tiene cada quien es que se desarrolla la comunicación y de la que depende también la interacción entre dos personas. Si añadimos a esto una de las trampas de la comunicación que parte de la suposición "tú siempre sabes lo que yo quiero decir", las cosas se empeoran ya que se cae en un juego de adivinanzas que luego se toman por hechos y generan conflictos, pues la pareja no ha interpretado adecuadamente las intenciones del uno para el otro. Esto es muy frecuente en la relación de pareja donde alguno de ellos sienten las cosas intensamente, pero no se dan cuenta de que no lo demuestran, creen que son tan transparentes como lo son para ellas mismas.

La dificultad de las comunicaciones dentro de la pareja subrayan Watzlawick, Beavin y Jackson (1993) se hace patente también ante ciertos comportamientos donde el valor afectivo está sujeto a interpretaciones contradictorias. Un ejemplo de los más frecuentes es el caso siguiente : uno de los compañeros reivindica un cambio de actitud de su compañero, lo que supone pedirle algún esfuerzo al otro que, al aceptar y dar satisfacción a esta reivindicación, testimonia que ha "hecho el esfuerzo" en favor del primero. Pero este gesto así cumplido, por válido que sea objetivamente, pierde subjetivamente su valor afectivo, si precisamente se ha requerido un "esfuerzo" para llevarlo a cabo, lo que traduce que no ha sido motivado por un sentimiento amoroso, en una especie de acto generoso y espontáneo, como imaginaba el que lo reclamó. Esta situación se resume de la siguiente

forma : "demuéstrame espontáneamente que me amas" .

Otra fuente importante de las confusiones de la comunicación se da en los dos componentes principales en la comunicación : el verbal y el no verbal, qué se dice y cómo se dice. La comunicación puede llegar a ser aversiva si, por ejemplo, un miembro de la pareja utiliza un estilo verbal acusativo de expresar enojo . Incluso más a menudo, sin embargo, la comunicación se obstruye porque el mensaje verbal se pierde en el medio no verbal de expresión. La comunicación no verbal por medio del tono de voz, la expresión facial, los gestos y las postura corporal pueden ser más importantes que las palabras usadas en realidad.

Por su parte, Cusinato (1992) plantea que muchos problemas de comunicación se originan por la falta de acuerdos en la manera de puntuar los eventos. La puntuación implica dar claridad y congruencia a las secuencias de la relación, mediante el orden y el acuerdo que los participantes de la interacción le asignen a sus intercambios comunicacionales. La percepción juega un papel importante en este proceso ya que cada persona atribuye un significado concreto a las experiencias relacionales de acuerdo a cómo percibió la secuencia de eventos. El ejemplo de este tipo de desacuerdo es aquel en donde el marido se encierra pasivamente sobre sí mismo y la esposa regaña y crítica. El marido sostiene que se encierra en sí mismo para defenderse del constante regañar de la esposa, la cual considerará la explicación del marido como una distorsión de la realidad, porque está convencida de que critica sólo a causa de la pasividad del otro. Como se muestra en el ejemplo en los conflictos de puntuación existe la convicción firmemente establecida y por lo común no cuestionada, de que sólo hay una realidad, "el mundo tal como yo lo veo", y que "cualquier visión que difiera de la mía" tiene que deberse a irracionalidad o mala voluntad, lo que constituyen círculos viciosos que no se pueden romper a menos que la

comunicación misma se convierta en el tema de la comunicación.

Por tanto, la naturaleza de una relación depende directamente de esta puntuación y por eso es tan importante, determina que uno u otro miembro de la pareja sea el que tenga la mayor iniciativa, dominio o dependencia. Es decir, se configuran patrones que establezcan la pertinencia del mensaje y/o quién, cuándo y cómo lo emite (González, 1986).

En suma, los miembros de una pareja se comunican entre sí de varias formas: hablan y se tocan, sonríen y lloran, van juntos y se separan. Cuando la comunicación entre los compañeros es directa y sincera, cuando hay una corriente libre de sentimientos e ideas, cada miembro sirve como emisor y receptor del otro. Cada compañero da y pide emociones, información, sugerencias, opiniones, acuerdos y desacuerdos. La forma en que una pareja comunique sentimiento y sucesos de una forma recíproca determinará la cantidad de satisfacción o desagrado de una relación de pareja. En este último caso, se puede dar el hecho de que el sistema tome como alternativa para la solución de sus problemas la triangulación de un hijo, situación que se explicará ampliamente en el siguiente capítulo.

CAPITULO 2

TRIANGULACION

2.1 Definición

Un importante problema al que inevitablemente se enfrentan los terapeutas familiares, porque es inherente a la naturaleza de su trabajo es la dificultad básica al referirse discriminatoriamente a las díadas y las tríadas. Zuk (1987) menciona que estos autores escriben reiteradamente acerca de éstas como si fueran muy similares; sin embargo, es probable que haya una gran diferencia en las relaciones entre dos personas y las relaciones entre tres, como se podrá observar a lo largo del presente capítulo.

Para esclarecer dicho punto, a continuación, se hablará en primera instancia acerca de las condiciones que favorecen el fenómeno de la triangulación y lo que éste implica.

Al respecto se tiene que en una díada cuando la ansiedad no es intensa y las condiciones externas son favorables, el flujo y reflujo de las emociones pueden ser serenos y tranquilizantes. Lo cual se podría definir como la condición ideal o "normal" para una relación de dos. Sin embargo, una situación humana no sigue siendo tan ideal por mucho tiempo, ni siquiera en las mejores condiciones, cuando ambos miembros son bastante estables. Pues la relación dual es inestable por cuanto tiene poca tolerancia a la ansiedad y se ve perturbada fácilmente por las fuerzas emocionales de la díada o por las fuerzas relacionales que actúan desde afuera. En este sentido, las partes en conflicto pueden hallarse ante el siguiente dilema: uno de ellos gana y la otra pierde, o bien la relación puede desintegrarse. Ante esas circunstancias los

dos integrantes de la díada, previsible y automáticamente, involucran en una trama emocional a uno de los hijos, a quien desbordan e inundan de emociones y programan emocionalmente para iniciar el compromiso que va a disminuir el nivel de ansiedad ya que va a permitir que esta se diluya entre las tres partes que forman el triángulo (Bowen, 1991).

Por tanto, la triangulación puede concebirse como "la expansión de una relación diádica, agobiada de conflictos, que a fin de encubrir o desactivar el conflicto incluyen a un tercero" (Simón, Stierlin y Wynne, 1993).

Cuando este mecanismo persiste en el tiempo, puede llevar a la estabilización de un síntoma, por lo que la tríada se vuelve una "tríada rígida" cuyo esquema general se muestra en la Fig. 1.

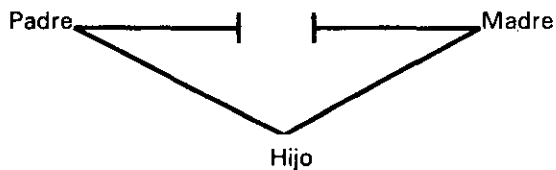


Fig. 1.

El esquema muestra con mucha claridad cómo existiendo un bloqueo de comunicación entre los cónyuges, los mensajes recíprocos utilizan un canal de comunicación indirecto que pasa a través del hijo triangulado y de su síntoma el cual es metafóricamente una expresión de un problema y también una solución (aunque a menudo insatisfactoria) para todos los que tienen que ver con él (Madanes, 1993).

Es así que el efecto del juego de los triángulos es siempre el mismo: permitir a los miembros de la pareja evitar definir su propia relación por miedo al conflicto. Pues la aparición de cualquier tensión, la exteriorización de un

desacuerdo, la alusión a cualquier posibilidad de discusión o de litigio, son vistas como extremadamente peligrosas y sentidas evidentemente como una amenaza de disgregación de la familia que es, el "mito" que hay que custodiar y proteger a cualquier precio. Esta es la imagen de una familia armoniosa y sin tensiones (Onnis, 1990).

Muchas cuestiones que enfrenta la pareja se tratan a través del hijo, en la medida en que éste se convierte en chivo emisario y en excusa para los nuevos problemas y para los viejos aún no resueltos. Relaciones de pareja al borde de una separación tal vez acuerden ahora que deben seguir juntos en aras del niño, siendo que, de cualquier forma, no se hubieran separado. Esposos insatisfechos pueden decidir que es a causa del niño el que siguen viviendo con su esposa, en lugar de enfrentar problemas más antiguos que tienen con ellas. El hijo se convierte entonces en el medio para que los padres se comuniquen acerca de los problemas que no pueden encarar directamente ya que se pelean en el hijo y dicen que sólo se pelean por el hijo. Por ejemplo, si hay una cuestión en torno a la masculinidad del padre, que no puede encararse dentro del matrimonio, la madre puede preguntar si el hijo no es demasiado afeminado, mientras el padre puede insistir en que el muchacho es suficientemente masculino. El chico coopera comportándose en forma lo suficientemente femenina como para proporcionar argumentos a la madre y suficientemente masculina como para apoyar al padre. Parece no saber del todo cual es su sexo, mientras se desempeña como metáfora dentro de este triángulo (Haley, 1994).

De esta manera, en vez de vivir a los hijos como entidades independientes, con toda la gama de sentimientos y actitudes humanas, se responde a ellos como si fueran personas sólo de manera parcial, con características singulares. Brodey (citado en: Boszormenyi-Nagy y Spark, 1994) afirma que "la constelación de roles permite que los conflictos

internos de cada miembro sean actuados dentro de la familia, antes que dentro del sí-mismo, y cada miembro procura encarar sus propios conflictos modificando al otro" (p. 301). Quien puede tener dos años o cuarenta, pues como refiere Haley (1990) no es cuestión de edad sino de organización, la cual se caracteriza según Zuk y Boszormenyi-Nagy (1993) en este caso en particular de la siguiente manera:

1. Las personas que reaccionan mutuamente en el triángulo no son iguales, sino que una de ellas es de una generación diferente de las otras dos. "Generación" aquí significa un nivel diferente en la jerarquía del poder, como lo es un padre y su hijo.
2. En el proceso de su interacción, una persona de una generación forma una coalición con una persona de otra generación en contra de una igual. Por "coalición" entendemos aquí un proceso de acción conjunta que realiza contra una tercera persona (en contraste con una alianza, en la que dos gentes pueden unirse con un interés independientemente de una tercera persona).
3. La coalición entre las dos personas es negada por ambas. Esto es, hay cierta conducta que indica una coalición que, cuando se investiga, es negada. Más formalmente, la conducta en un nivel que indica que hay una coalición se descubre por la conducta metacomunicativa que indica que no existe.

Dentro de este esquema cabe subrayar que el funcionamiento defectuoso de una organización no obedece a las coaliciones transgeneracionales, sino a la reiteración de estas como parte del sistema.

Además hay que tener en cuenta que en toda organización existe una jerarquía, en el sentido que una persona posee más responsabilidad que otra para determinar lo que sucede. En la organización familiar, los padres están situados dentro de la jerarquía en una posición superior a los hijos. Si la

conducta perturbada del hijo es protectora de los padres, hay en la familia una organización jerárquica incongruente. Vale decir, que si bien los padres por el hecho de serlo, se hallan en una posición jerárquica superior a su hijo, de quien son legalmente responsables y a quien deben cuidar y proveer, el hijo, con su conducta perturbada, protege a los padres ayudándolos a esquivar sus dificultades y a pasar por encima de sus defectos. En este sentido, por el hecho de ayudar a sus padres, el hijo se haya en una posición superior a ellos. Si su comportamiento fuera normal, el hijo perdería el poder que su conducta le otorga sobre sus padres y en consecuencia, la posibilidad de ayudarlos. Cuanto más tratan los padres de cambiar la conducta de su hijo, más se mantiene la función cumplida por la protección de éste. Esta protección quizás ayude temporariamente a los padres a eludir sus problemas pero no los ayuda en absoluto a enfrentar y resolver las cuestiones que les conciernen y aun pueden llegar a impedir que las resuelvan (Madanes, 1993).

Por consiguiente, la conducta del niño es función del sistema de interacción familiar. Lo cual no significa que el niño planee deliberadamente proteger a los padres suscitando su preocupación (aunque a veces ocurre así). Sino que más bien en su posición de observador el niño recoge toda una serie de informaciones sobre el uno o el otro que le posibilitan hacerse una idea de cuáles son las emociones que animan a los interlocutores, cuáles son los gestos y la mímica que los acompañan, qué es lo que los irrita, qué es lo que les gusta. Además de estar expuestos a mensajes de doble nivel que conllevan inconscientemente a inducir al niño a comportarse de una manera muy particular, acorde a los deseos de los padres. Es así que el ver cómo otro afronta y resuelve las dificultades sirve para aprender comportamientos y para modular eventuales tensiones, de tal modo que se hagan soportables y productivas, situaciones que de otra manera serán potencialmente destructivas por la carga emotiva que las acompaña (Andolfi y Angelo, 1989).

Los elementos esenciales del mensaje doble son : a) dos o más personas; b) experiencias repetidas; c) emisión de un mandato primero que puede ser de dos formas (“no hagas esto o te castigaré” o “Si no haces eso, te castigaré”); d) un mandato secundario que se opone al primero en un nivel más abstracto y que también se hace cumplir mediante castigo (por lo general, éste es no verbal y contrarresta algún aspecto importante del primero, por ejemplo; “No veas esto como un castigo. No pienses en lo que no debes hacer”), y e) un tercer mandato negativo que le prohíbe a la “víctima” que escape de la situación (Weiner, 1992). Una vez que el hijo aprende a percibir el universo mediante patrones de mensaje doble ya no es necesario que estén presentes estos elementos para generar y mantener la conducta.

Una condición más que favorece la triangulación y que sin duda es fundamental para que se genere, es que ambos miembros de la pareja han perdido la esperanza de poder confiarse, abrirse al otro y ser comprendidos, derivado ello de toda una serie de experiencias pasadas que suscitan tal actitud. Selvini Palazzoli, Cirillo, Selvini y Sorrentino (1993) comentan al respecto que el eje sustancial de la impasse de pareja es el miedo enorme que un cónyuge siente del otro cónyuge, miedo que no manifiesta y admite (por motivos que se desconocen, quizá por temor de “caer en sus manos”, terror de que el otro se aproveche, incapacidad de confesar ese miedo ni siquiera a sí mismo). Es más oculta su miedo tras un problema-pantalla del que en cambio habla hasta demasiado, atormentando a su compañero. Pero el compañero intuye ese miedo y se pone en guardia, no hablándole del asunto. De todos modos, lo utiliza y hace de él su punto fuerte. En efecto, se conduce como si creyese que el problema-pantalla es el verdadero y se obstina en eso y aprovecha para estimular incensantemente el miedo oculto del otro. Lo que le impulsa a actuar de este modo es el hecho de que también él es víctima de algún miedo, tal vez en otro aspecto.

Otro de los aspectos que retoma la pareja y que sin duda favorece la triangulación de un hijo son las características de éste. En relación a ello se tiene que Satir (1986) a partir de repetidas observaciones clínicas, recogió indicios acerca de qué es lo que probablemente lleva a los padres a incluir a un hijo en sus problemas conyugales, entre los cuales se encuentran los siguientes :

1. Las características causales de los diferentes niños pueden estimular los conflictos entre los miembros de la pareja.
 - Tal vez el niño es feo, o tiene una deformidad física, o es adoptado. Este tipo aumenta la sensación de baja autoestima en los padres por lo que estos responden más para proteger su autoestimación que para proteger al hijo.
 - Quizá el hijo sea especialmente hermoso e inteligente. Este tipo de hijo puede aumentar la autoestimación parental, y al mismo tiempo disminuirla, ya que los padres se comparan a sí mismos con el niño.
 - O bien el niño se parezca, en su físico o en su actuación, a uno de sus padres.
2. El lugar que el niño ocupa en la serie de hijos puede estimular conflictos entre los integrantes de la pareja.
 - Por ejemplo, tal vez uno de los padres tuvo problemas por ser el hijo de en medio en su propia familia, y ahora enfoca su atención de manera especial en ese hijo.
 - Quizá el hijo mayor sea triangulado simplemente porque fue la primera alternativa que tuvo la pareja una vez que apareció el desencanto.
3. El sexo del niño puede estimular conflictos en la pareja. Algunos padres se valen del hijo de un sexo determinado desde que nace, otros cuando el niño o la niña crecen y muestran cambios que reavivan los conflictos entre los cónyuges.
4. La edad del niño puede estimular conflicto entre los cónyuges simplemente porque, conforme crece un hijo, exige cada vez más ser independiente del control parental. Si los cónyuges tienen conflictos acerca de cuánta

independencia se permite en su relación, cada hijo adolescente recibirá la atención disfuncional de los padres.

Una vez expuesto en qué consiste el proceso psicológico de la triangulación así como las condiciones que la favorecen se procederá a continuación a revisar los distintos tipos de triangulación.

2.2. Tipos de Triangulación

Minuchin (1974) (citado en: Simon, Stierlin y Wynne, 1993) describió las diversas modalidades de estructuras triangulares patológicas en su concepto de tríada rígida, a través del cual se refiere a las configuraciones relacionales padres-hijos en los cuales el hijo es usado rígidamente para desviar o evitar los conflictos parentales.

2.2.1 Progenitor-Hijo

El primer tipo de triangulación es el denominado "progenitor-hijo", en donde cada uno de los cónyuges trata de obtener el apoyo del hijo en su conflicto con el otro, siendo a veces difícil determinar si experimenta dificultades más serias el niño o el cónyuge excluido. La intensa proximidad del hijo al progenitor preferido puede producir sintomatología (Umbarger, 1983). En este triángulo el cónyuge al que se llamará "procreador" tendrá en sus manos una estrategia inatacable, por cuanto se apoya en el amor y en el deber de satisfacer las necesidades del hijo con respecto al cual también la pareja tiene obligaciones de padre. Esta estrategia está compuesta de movidas que se van espaciando en una secuencia temporal, adecuándose poco a poco al sexo y a las características del hijo, como también a los distintos acontecimientos, de su crecimiento y desarrollo.

Durante la primera infancia del hijo, las tácticas del padre "procreador" son siempre iguales. En nombre de las sagradas necesidades del hijo el padre procreador llega fácilmente a:

- a) negar al cónyuge algunas prestaciones (que nunca sólo habría podido negarle);
- b) extorsionar al cónyuge algunas concesiones (que nunca sólo habría osado exigirle).

De modo totalmente pacífico, sin tener que modificar en lo más mínimo la definición recíproca de la relación. Llegado el caso, recurrirá más bien a culpabilizaciones veladas referentes a las obligaciones de un verdadero padre.

Durante la segunda infancia y la adolescencia, las tácticas del padre procreador se irán haciendo más complejas. Se referirán más específicamente a las modalidades pedagógicas y se adaptarán a las características naturales del hijo. En la relación con su hijo el padre procreador se presentará como el opuesto del cónyuge (tan tolerable, como duro el otro, tan atento como distraído el otro, tan disponible como expeditivo el otro). Además se las ingeniará para descubrir y potenciar en el hijo algunas cualidades que según le faltan al compañero, como si destinase a su propio hijo a convertirse en una suerte de antítesis triunfal (Selvini, Cirillo, Selvini y Sorrentino, 1993).

La secuencia típica en este tipo de triangulación según Haley (1990) es la siguiente:

1. Uno de los progenitores, por lo común la madre, mantiene una intensa relación con el niño, entendiéndose por tal una relación que es a la vez positiva y negativa y donde las relaciones de cada individuo asumen exagerada importancia.
2. Se acentúa la conducta sintomática del hijo.

3. La madre, o el niño, recurre al padre para que le ayude a resolver la dificultad.
4. El padre interviene para hacerse cargo del niño y ocuparse de él.
5. La madre reacciona contra el padre insistiendo en que no maneja adecuadamente la situación. La reacción puede consistir en un ataque o una amenaza de romper las relaciones conyugales; la amenaza de abandonarlo puede ser muy directa ("Quiero el divorcio") o muy indirecta ("Quiero unas vacaciones para mí sola").
6. El padre se retira, desistiendo del intento de desenganchar a la madre y al niño.
7. Madre e hijo se tratan mutuamente con una mezcla de afecto y exasperación hasta llegar a un impase.

La secuencia puede continuar indefinidamente, cruzando la madre o el padre las líneas generacionales para coligarse con el niño contra el otro progenitor. La situación también puede describirse como una intensa involucración entre un adulto y un niño que incluye y excluye al otro en un vaivén regular.

Ante esta situación, el cónyuge excluido se guardará muy bien de manifestar y admitir frente al compañero sentimientos de frustración, exclusión o celos. Se atenderá escrupulosamente a los dictados de su rol de padre (acumulando, sin embargo, en su fuero íntimo, hostilidad para con su hijo). Y por otra parte no desistirá de comunicarle a su hijo de distintas maneras, la poca estima que tiene por su compañero (Selvini, Cirillo, Selvini y Sorrentino, 1993).

Al respecto Walters, Carter, Papp y Silverstein (1991) refiere que un problema común para las hijas es quedar atrapadas del lado del padre en la lucha por el poder entre el padre y la madre. Los padres contribuyen a

programar a sus hijas a este efecto cada vez que comparten con ellos comentarios o gestos críticos hacia la madre, o secretos que la excluyan, o cada vez que “se hacen los buenos” frente a la madre, pidiéndole que sea indulgente con su hija. Los padres que utilizan este último método de ganarles terreno a sus esposas no sólo están fomentando las dificultades entre madre e hija sino también entrenando a sus hijas para que necesiten ser rescatadas. Una variación de este triángulo, a la que las hijas mayores son particularmente vulnerables, es la que tiene lugar cuando el padre pierde frente a la madre y su depresión o sus quejas mueven a la hija a protegerlo emocionalmente. Este triángulo también provocará conflictos entre la madre e hija, el padre y la hija han cambiado de lugar, siendo el padre “víctima” que necesita ser “rescatado” por la hija.

A medida que persiste una secuencia de esta clase, la atención centrada en el hijo se convierte en una forma de tratar las cuestiones que surgen dentro del matrimonio puesto que el locus donde se dramatiza exclusivamente el ataque de la pareja es a partir de las discrepancias.

Linares (1996) dice que una pareja enzarzada es una relación poco compensada tendrá dificultades para armonizar y unificar sus propuestas relacionales a sus hijos. El resultado puede ser la generación de triangulaciones manipuladoras en donde no es raro encontrar que de modo más encubierto o más explícito se configure un panorama caricaturesco: el favorito/a de papá junto al favorito/a de mamá.

No obstante, el hijo se ve expuesto así a una lealtad conflictiva ya que si el hijo parece tomar partido por uno de los padres, corre el riesgo de perder al otro. El padre excluido puede alejarse del hijo, despreciarlo junto con el progenitor escogido y no darle los cuidados parentales básicos.

2.2.2 Tríadas Desviadoras

El segundo tipo de tríada rígida, la "desviación de conflictos", se produce con cualquiera de los dos contenidos siguientes. En el primer caso, tríada "desviadora-atacadora" lo común es que, en la percepción del clínico, los padres tomen al hijo como chivo emisario. Este presenta una conducta "mala" o perturbada, y los progenitores se unen en un esfuerzo por controlarlo, si bien es frecuente que uno de ellos esté en desacuerdo con el otro acerca del modo de manejarlo, es posible que los dos se muestren inconsistentes en ese manejo. En esta categoría se incluyen la mayoría de las perturbaciones (Umbarger, 1983).

Bell y Vogel (citado en: Satir, 1986) refieren que en todos los casos, al mismo tiempo que los padres de manera explícita critican al hijo y a veces incluso lo castigan, de alguna manera, habitualmente implícita apoyan la persistencia de la misma conducta. Este permiso tiene diversas formas: no cumplen las amenazas, retardan el castigo, se muestran indiferentes al síntoma y lo aceptan, se interesan demasiado con el síntoma del chico o bien ofrecen al hijo considerables recompensas secundarias por el síntoma mismo. Aquí se ve lo elástico y maniobrable que es dar reglas de doble nivel. No sólo se coloca al hijo en la posición de ser el "malo", sino que este manejo de las reglas permite suspender y aligerar las presiones del sistema mismo cuando se vuelven demasiado intensas y el hijo ya no las tolera. Además, todo esto se puede lograr en forma encubierta, sin que los padres o el hijo se den cuenta de ello.

Más no hay que olvidar que la conducta problemática de los hijos les sirve a los padres de maneras muy específicas. Por ejemplo, un niño puede desarrollar un problema que obligue a su madre a permanecer en su casa para cuidarlo, con la consecuencia de que la madre no deberá enfrentarse con la

búsqueda de un trabajo. El problema del hijo ofrece al progenitor una excusa conveniente para eludir situaciones desagradables. Si cuando el padre vuelve a su casa turbado y preocupado el hijo se porta mal, en vez de seguir preocupado por su trabajo el padre puede descargar su enojo contra el hijo, el mal comportamiento del hijo es útil para él. Además, haciendo que su padre se enoje con él, le ahorra a su madre tener que ayudar a su marido, ya sea compadeciéndose de sus problemas o discutiendo con él. De este modo, pues, el hijo ayuda a sus dos progenitores (Madanes, 1993).

En el segundo caso, la tríada "desviadora-asistidora", los progenitores enmascaran sus diferencias tomando como foco a un hijo definido "enfermo" o "débil" y muestran grandísima y sobreprotectora aflicción por él. Esto los une mucho y es un rasgo frecuente en familias en las que la tensión se expresa en trastornos psicósomáticos (Umbarger, 1983).

Desde este punto de vista, el síntoma psicósomático parece adquirir un significado simbólico o metafórico que, sin descuidar los componentes más estrictamente biológicos, se conecta con algo que debe ser comunicado y que no puede serlo más que a través del cuerpo. Sólo que aquí, a diferencia de las concepciones psicodinámicas completamente centradas sobre una valoración monádica del individuo, el cuerpo que habla parece expresar no solamente los movimientos intrapsíquico o las huellas de la biografía del sujeto, sino el sufrimiento más completo de una situación interactiva de la que el sujeto participa y que no puede dejar de influir en su "idioma", ya que muchos problemas pueden comunicarse en función del hijo, y por ende a través de él.

Y así, dentro de una visión de contexto, el síntoma psicósomático no pierde sino que incluso enriquece su significado simbólico. Sólo que el símbolo, de símbolo individual, pasa a ser metáfora de una realidad familiar más amplia. Lo que confirma la misma integración entre el paciente y su

contexto relacional y la utilidad de una lectura sistémica (Onnis, 1990).

Un ejemplo de este tipo de tríada lo constituye el hijo que desarrolla esquizofrenia como proyección de los problemas parentales. Boszormenyi-Nagy y Framo (1988) describen esta proyección de la manera siguiente: las más de las veces el problema de los padres se proyecta sobre el hijo por obra de la madre, mientras que el padre la apoya. Ella es una persona inmadura, con hondos sentimientos de insuficiencia y busca fuera de sí misma la causa de su ansiedad. La proyección conduce a miedos y preocupaciones por la salud y la capacidad del hijo. La proyección busca pequeñas incapacidades, defectos y fracasos disfuncionales en el hijo; centra la atención sobre ellos, los agrada y exagera hasta convertirlos en graves incapacidades.

2.2.3 Tercero incluido como prolongación simbiótica de la pareja

En el tercer tipo de tríada que describió Minuchin (citado en: Simon, Stierlin y Wynne, 1993), uno de los progenitores apoya al hijo en un conflicto planteado entre éste y el otro progenitor, esta situación tiene el efecto de vincular una coalición transgeneracional rígida. En una tríada de este tipo, el conflicto que subyace, entre los cónyuges, a menudo es apenas reconocible como tal. El fuerte lazo entre el hijo y su compañero parental de coalición puede tener consecuencias graves para el desarrollo del primero, perjudicando su evolución necesaria de una identidad autónoma.

Aquí el tercero une fusionalmente a la pareja, porque está al servicio de evitar la ruptura, que, si bien es necesaria para la discriminación, es vivida como desintegración. Ejemplo habitual de esto es el hijo que vuelve a una familia muy unida y semejante, muy replegada sobre sí misma. El tercero refuerza la estructura fusional original. Es un ejemplo máximo de fusión de tres, donde los tres se llevan muy bien y son idénticos (Calvo, Riterman y

Sopolansky, 1982).

Un ejemplo de este tipo de tríada lo constituyen las muchachas que desarrollan anorexia. Ludewig (1996) hace las siguientes observaciones al respecto :

- Desarrollan por lo general ese comportamiento en conexión con una separación fantasiosa, esperada, exigida, que se ha dado en el entorno vital de la familia como lo es la crisis matrimonial de los progenitores con la amenaza de la marcha de uno de ellos.
- Las familias afectadas describen de ordinario su cohesión como especialmente fuerte, armoniosa y amable; cosa que también confirman los de fuera.
- Ya antes del comienzo de la anorexia esas familias viven muy retraídas y socialmente aisladas; mediante la anorexia se refuerza aún más su cohesión interna.
- Al menos algunos miembros de tales familias están extraordinariamente unidos entre sí; sienten lo mismo, piensan lo mismo, tienen las mismas necesidades
- La diferencia entre yo y tú está poco marcada. Se evitan las delimitaciones. Sobre todo hay que preservar al otro del sufrimiento. Las riñas y consiguientes reconciliaciones son raras; prevalecen la armonía y la colaboración.
- Con la separación inminente o real, estalla una crisis, por cuanto nadie sabe qué consecuencias puede tener la misma. La muchacha anorexia teme por la vida del amado.
- Todas las ideas de la familia giran exclusivamente en torno al tema "comer o no comer". Los miembros de la familia se sienten por entero víctimas de una enfermedad incomprensible, de un golpe del destino que los sorprende y desconcierta.

- El disgusto por comer se convierten en las familias afectadas, en una estrategia para alejar los peligros de la separación: progenitores e hija establecen su indiferenciada y estrecha vinculación.
- Los padres dejan de lado sus demás intereses y fomentan sin querer la anorexia al concentrarse por entero a ella.

A través del estudio de la triangulación como ya bien lo cita Ulhoa (1991) se ha podido dar cuenta de cómo el hijo revela de una forma metafórica lo no dicho dentro del sistema conyugal. Dentro de un tejido de contradicciones donde todo se mezcla, el orden y el desorden; el deseo y el no deseo; la ley y la transgresión; el terror del presente y de un futuro imprevisto, el fin de la búsqueda de identidad y la nostalgia de una imagen de narciso que se descubre en un espejo roto. De todo ello quedan una nostalgia y un inmenso no dicho. Estos secretos como señala el autor ponen en riesgo la estructura familiar y los conflictos no resueltos a través de las generaciones son asumidos por un solo miembro, lo que hace de él el "guardián" de la problemática interna y/o externa de la familia.

2.3 Consecuencias y Secuelas Psicológicas a Corto y Largo Plazo en Familias que Viven Triangulación

Sin lugar a duda el mayor beneficio que obtienen los miembros de la pareja al triangular a su hijo es que a corto plazo encuentran un modo de lidiar con la ansiedad que se genera del hecho de mantener relaciones estrechas con aquel miembro de la pareja con quien se tienen diferencias y existe el temor de ser enfrentadas.

En el lapso de tiempo en que se comienza a poner en juego dicha situación, al hijo se le da la carga de muchas cosas como ya lo señala Satir (1986):

- a) Le dan la carga de creer que en realidad, es él quien mantiene juntos a sus padres.
- b) Le enseñan que, de alguna manera, puede unirlos, por lo menos si logra que ambos enfoquen su atención en él.
- c) No obstante, esta forma de unir a los padres no alivia el dolor conyugal y tampoco llega a incluir en realidad al hijo en la relación de pareja. El hijo sufre por la carga de creer equivocadamente que es "parte del matrimonio". Descuidando de manera muy inmediata sus relaciones de amigos así como su participación en otras actividades apropiadas con sus pares.
- d) Aunque el hijo no pueda aliviar el dolor conyugal, sus padres le permiten creer que sí está en sus manos hacerlo, y que él es esencial para la relación de la pareja. Debido a esto, el hijo sufre la carga de otra idea falsa, la de que él es omnipotente.
- e) De hecho, el hijo recibe la carga de la responsabilidad de vivir para sus padres. Ellos ignoran las necesidades del hijo y éste no encuentra la manera de que se atiendan dichas necesidades. Como resultado, el hijo oscila entre la omnipotencia y la impotencia, entre la grandiosidad y la renuncia a satisfacer cualquier necesidad individual. Además va desarrollando poca capacidad para predecir lo que sucederá en las relaciones y puesto que sus necesidades permanecen sin validarse, desconfía de otros y, sin embargo, depende a un grado paralizante de lo que otros piensan de él.

El juego de los triángulos se convierte entonces en un juego eternamente renovado de "no definiciones" y de "desresponsabilidades": permite eludir a los padres de común acuerdo, la responsabilidad de afrontar su propio problema de definición de la relación, porque el comportamiento del hijo oculta cualquier tensión.

Onnis (1990) menciona que este tipo de sistema familiar a largo plazo revela modelos interactivos y organizativos en los cuales se puede reconocer las siguientes características disfuncionales:

- **Aglutinamiento.** Los miembros de la familia están superinvolucrados recíprocamente. Cada uno manifiesta tendencias intrusivas en los pensamientos, sentimientos, acciones y comunicaciones de los otros. La autonomía y la privacidad son escasísimas. Los límites generacionales e interindividuales son débiles, con la consiguiente confusión de roles y funciones.

El hijo se encuentra a veces con que se le presiona insistentemente para que tome partido por uno de sus padres en contra del otro, con lo que se trastorna la estructura de poder y se hace difícil, sino imposible que los padres puedan dar al hijo un consejo coherente o que le disciplinen en momentos críticos.

En relación a este aspecto Andolfi, Angelo, Menghi y Nicolo-Corigliano (1989) plantean que en una situación así todos los miembros experimentan la dificultad de afirmar y reconocer la identidad de sí mismos y de los demás; ninguno podrá elegir libremente entre poner en escena ciertas funciones o dejar vacío el papel, sino que estarán constreñidos a ser siempre como el sistema lo impone. La falta de confines interpersonales nítidos que deriva de esta modalidad de relación se traduce en la imposibilidad de participar libremente en relaciones de intimidad o de separación. Mantener de manera continua una distancia de seguridad o por el contrario, determinar relaciones fusionales, he ahí las conductas más comunes en estos sistemas, en los que se confunde el espacio personal con el espacio de interacción, el individuo con la función que desempeña, ser por sí mismo y ser en función de los demás. La injerencia en el espacio personal ajeno y la simultánea pérdida del propio se pueden convertir entonces en la única posibilidad de coexistencia.

- **Sobreprotección.** Todos los miembros de la familia muestran un alto grado de solicitud e interés recíproco. Constantemente se estimulan y suministran respuestas de tipo protector. En particular, cuando el hijo asume un comportamiento sintomático, toda la familia se moviliza para intentar protegerlo, sofocando a menudo en este proceso muchos conflictos conyugales. Por ello, circularmente, el comportamiento del hijo tiene una función protectora con respecto a la familia.
- **Rígidez.** Es el aspecto que caracteriza más constantemente los sistemas patológicos. La familia es particularmente resistente al cambio. Tiende a menudo a presentarse como una familia unida y armoniosa en la que no existen problemas más allá del sistema del hijo: niega en consecuencia, la necesidad de un cambio en el interior del sistema. También las relaciones en el exterior son particularmente escasas y la familia permanece como aferrada a la conservación de la propia homeostasis.
- **Evitación del conflicto.** Las familias presentan un umbral bajo de tolerancia al conflicto. Se pone entonces en acción toda una serie de mecanismos para evitar y para no agarrar el desacuerdo, para que quede oculto y no estalle nunca abiertamente. En este proceso, para evitar el conflicto, el hijo juega un rol central y vital.

Por otra parte como ya se ha dicho con anterioridad no es simplemente la presencia de coaliciones lo que resulta problemático para las familias sino también el hecho de que existan coaliciones cambiantes. Es posible que ambos miembros de la pareja intenten que el hijo se ponga de su parte. Uno de ellos puede optar una postura "dura" durante un período de tiempo y después lo contrario; demostrar una actitud "suave" y comprensiva. Un hijo que experimente estos cambios en la actitud de sus padres puede empezar a sentirse confundido, especialmente cuando estas coaliciones no se comentan abiertamente o cuando el intento de hacerlo se ve denegado. Esto puede

ocasionar la ausencia de un sentido de realidad coherente dentro de la familia y dejar al hijo sumido en lo que Laing (citado en: Dallos, 1996) llama inseguridad ontológica. Souza y Machorro (1996) hacen referencia de la necesidad de un sentimiento sólido de la existencia, realidad e identidad para que el ser humano sea capaz de establecer una verdadera relación con otro sin sentirse amenazado. De ahí que cuando una persona padece de esta clase de inseguridad se sentirá constantemente amenazado y obligado a conservarse en suficiente identidad y a su vida mal diferenciada, frecuentemente le afectarán toda clase de acontecimientos, y más que buscar satisfacción con el otro se sentirá impulsado básicamente a conservarse. Muchas de estas personas argumentan estos autores tienen miedo a ser devorados, captados o comprometidos; el ser amado puede traducirse para ellos en un deseo de dañarlos, por lo cual buscan su preservación constantemente, al grado de manifestarse incluso en el temor de ser vistos. Ellos ven en la relación del amor algo temible; en tanto que una relación ambivalente o pobre: quizá hasta mezclada con un poco de odio, les resulte más manegable según su punto de vista.

Obviamente esto hace alarde de que el desarrollo afectivo del hijo se ve inhibido ya que el interés de ambos padres por su hijo no parece claro y esto se traduce en la pobreza de las interacciones; pobreza en sus gestos, en su lenguaje, en su sensibilidad para comprender las señales de su hijo sin manifestar aptitudes para responder de manera afectuosa. Lo cual traerá como consecuencia que el hijo sea incapaz de dar y recibir afecto.

Por otra parte, el hijo triangulado recibe mensajes contradictorios en el núcleo de las funciones sociabilizantes, referidas a cómo tratar a las más importantes figuras significativas del entorno y a cómo cabe esperar ser tratado por ellos. Es una información desconcertante, que el hijo no sabe cómo elaborar y que le genera una angustia básica que constituye uno de los

integrantes básicos de la experiencia neurótica. Esta visión de la ansiedad neurótica como vinculado a la proyección de la disarmonía conyugal sobre las funciones sociabilizantes no comporta una necesaria desprotección del hijo o una alteración profunda de la sociabilidad, pero sí una indeterminación y una inseguridad en patrones de relación muy básicos (Linares, 1996).

Mientras tanto, cuando la familia se describe dentro del tipo de tríadas desviadoras, el hijo tiene baja autoestimación, pues su etiqueta de "el malo", "el diferente" o "el enfermo" sólo refuerza su creencia de que él no vale la pena. Además cualquier camino que el hijo "problema" tome, encontrará frustración, pues nunca podrá hacer lo correcto porque le piden conductas contradictorias (Satir, 1986). Con respecto a este tipo de triangulación se encontró un estudio que realizó Villalobos en 1994 con el análisis de las historias de jóvenes que han incursionado en actos delincuentes en el cual se observó que los modos de relación familiar influyen en dicho comportamiento. Entre ellos se encuentra la relación de los padres, quienes al no establecer relaciones de afecto suficientes y claras, hacen uso del potencial pulsional del hijo para solucionar sus propias relaciones y conflictos. La madre por ejemplo, usa el potencial agresivo del hijo para agredir al padre o para obtener beneficios. Desde niños no adquieren claridad sobre la responsabilidad de los actos. La ambivalencia de los padres frente al planteamiento de las normas o frente a los actos reprobables, perpetúa en los jóvenes un sentimiento de angustia ante la dificultad para predecir las consecuencias de sus comportamientos, llevándolos a una transgresión permanente en busca de claridad en relación con el lugar que ocupa como hijo y en la sociedad. De tal manera que cuando el hijo no es asumido como tal sino como reparador de una carencia o malestar con el cónyuge, al hijo se le dificulta adquirir el dominio consciente de la "ley" que rige las relaciones familiares y sociales.

Lo anterior pone de relieve el hecho de que la triangulación es una

maniobra de explotación manifiesta del tipo del doble vínculo: de él se espera que se muestre obediente, pero a la vez, que actúe en concordancia con la posición superior de modo ostensible en que se lo coloca. Aunque se le puede reconocer, al menos en forma encubierta, como víctima voluntariosa y fuente de refuerzo del sistema familiar, él paga por el rango que le han asignado asumiendo el papel de cautivo. El mayor costo de dicho cautiverio es la detención del desarrollo y la autonomía individual. Se dice que la gente con una identidad amorfa tiende a verse atada de manera permanente a relaciones simbióticas e inalterables, como si los límites de su personalidad coinciden con los de sus familias. La simbiosis se basa en la obligación de consagrarse a la familia de origen hasta la eternidad (Boszormenyi-Nagy y Spark, 1994).

Villeau, Bergner y Horton en 1995 realizaron un estudio cuyo objetivo fue investigar la relación existente de la parentalización infantil y la adopción posterior de un estilo de tipo guardián para relacionarse con otros. Este estudio se basó en lo que Peek y Trezona (1984) definieron como "síndrome guardián" para referirse a un patrón de conducta en el que un individuo asume roles con otros de naturaleza guardián (por ejemplo, salvador o defensor). De sus observaciones clínicas dichos autores notaron que las personas sumergidas en este síndrome se sienten obligadas a ayudar a otros a tal grado que descuidan sus propias necesidades y problemas. Además, son usualmente renuentes a buscar o aceptar la ayuda de otros para ellos mismos. En esta investigación participaron 208 mujeres ya que en la literatura sobre la parentalización y el síndrome guardián atestiguan que acontecen más a menudo en mujeres que en hombres. A todos los participantes se les aplicó la Escala de Parentalización con el fin de determinar el grado en que los sujetos habían sido parentalizados durante sus primeros años de desarrollo. Asimismo se les aplicó el Examen del Síndrome Guardián para apreciar el grado en que la conducta de los individuos exhibía las características de este síndrome. Los resultados indican que las personas que fueron parentalizadas en un grado

resultados indican que las personas que fueron parentalizadas en un grado significativo cuando niños, exhibía más características del síndrome guardián que otros adultos que no fueron parentalizados de esa manera.

Los datos aportados por la anterior investigación ponen de manifiesto el alcance que puede tener la triangulación en los hijos, sobre todo cuanto más rígida haya sido la relación con sus padres. Además, arroja un dato muy curioso como lo es el hecho de que se atestigüe que acontezca más este fenómeno en las mujeres que en los hombres. Lo cual también han reportado ya Simons, Whitbeck, Beaman y Conger en 1994 durante la elaboración de un estudio cuyo objetivo era examinar la influencia que tienen los conflictos parentales así como las prácticas de paternidad en el ajuste de adolescentes que vivían en familias encabezadas por madres divorciadas. Los resultados encontrados muestran que aun cuando ambos padres hayan controlado la calidad de paternalización, el conflicto parental esta relacionado con la internalización de problemas (depresión, irritabilidad y preocupaciones somáticas) en adolescentes masculinos pero no en femeninos. Lo cual se atribuye a que quizás las hijas son capaces de superar el conflicto parental poniéndose de lado de la madre y reduciendo la inversión emocional en el padre mientras que los hijos continúan identificándose por el conflicto parental que amenaza la relación padre-hijo. De ahí que se haga necesaria la intervención de un profesional que inicie en la medida de lo posible la conversación familiar a través de la confrontación, la elaboración del duelo y la reconciliación de los integrantes a nivel intrafamiliar pues como ya se ha visto son diversas las consecuencias que pueden generarse en las familias que viven o han vivido la triangulación.

CAPITULO 3

LINEAS DE INTERVENCION

La teoría sistémica da por sentado que el hijo perturbado es un producto de los problemas maritales de los padres dado que se concibe que los conflictos están asociados de modo primordial con los procesos interrelacionados, reprimidos o negados, que interfieren en el crecimiento y maduración de todos los integrantes de la familia (Boszormenyi-Nayi y Spark, 1994). De ahí que se involucren a todos los miembros del sistema en un esfuerzo por resolver los problemas que experimentan, generando así la oportunidad de descubrir vínculos que podrían no ser accesibles en el tratamiento individual del niño o adulto. Ya que sin duda la unidad de observación y de intervención se amplía. En lugar de un paciente aquejado de una problemática, el enfoque es ahora el de una familia en una situación disfuncional, lo que da un giro a las ideas iniciales de los padres quienes acuden a la terapia con un acuerdo sobre quién es el paciente, cuál es el problema y cómo éste los afecta. Sin darse cuenta que han concentrado excesivamente sus interacciones en el problema, convirtiéndolo en el telón de fondo contra el cual ponen todos los demás aspectos de su realidad (Minuchin y Fishman, 1993).

En este sentido se hace necesario trazar un plan de trabajo que permita dar cuenta a los miembros de la familia de dicha situación. Como señala Elkaim (1988) las familias no saben como resolver sus problemas y si los terapeutas esperan y se limitan a responderles, harán lo que ellos desean, lo que equivale a girar en círculo, sin resolverles nada. Por ello este autor considera que quien quiera convertirse en experto tiene que obrar de manera tal que las cosas sucedan de una manera experta, de una manera que genere el cambio. Lo cual

es muy diferente de las situaciones espontáneas que muchas personas utilizan para trabajar en terapia.

Por tal motivo, a continuación se plantearán de acuerdo con las escuelas de la terapia familiar sistémica algunas de las alternativas terapéuticas que puede utilizar el psicólogo para abordar el fenómeno de la triangulación sin olvidar que en cada familia las relaciones son idiosincrásicas y aún cuando los problemas presentados por diversos grupos sean similares pueden requerir diferentes planes terapéuticos.

3.1 Escuela Estructural

Salvador Minuchin es quien ha destacado en la aproximación estructural a la terapia familiar. Esta escuela centra su atención en el presente y concibe a la familia como una unidad de acuerdo con su forma de estructurarse; de ahí que, la familia sea considerada un sistema organizado en el que cada miembro se comporta y relaciona con los demás a través de múltiples interacciones, las que al repetirse forman la estructura que los contiene (López, 1995). Por tanto, los cambios en la estructura familiar contribuyen a modificaciones en la conducta y los procesos intrapsíquicos de los miembros del sistema. Asimismo se dice que el sistema familiar diferencia y efectúa sus funciones a través de subsistemas que constan de una o más personas (fraterno, parental y conyugal). Cada subsistema implica distintos niveles de poder y tipo de patrones transaccionales. Siendo indispensable que haya límites bien definidos entre los sistemas para que la familia se desenvuelva adecuadamente. Estos límites son las reglas que describen a los miembros y cómo participan en un sistema. Si estos límites pierden fuerza (como es el caso en el cual se le permite a un hijo entrar en el subsistema de sus padres), el sistema se enreda y puede carecer de los recursos para funcionar como debe. En cambio, si los límites son demasiado rígidos se

dificulta la comunicación entre los subsistemas y la familia se escinde. Para que la familia funcione con éxito, su estructura debe adaptarse constantemente en respuestas a exigencias de cambio (Johnson, Rasbury y Siegel, 1992).

Siendo este último uno de los objetivos que perseguirá el terapeuta en aquellos casos en que el conflicto parental es desviado por el rodeo del hijo.

Minuchin juzga indispensable que antes de cualquier intervención se elabore un contrato terapéutico como una respetuosa consideración de la demanda de cambio que la familia hace. Que ha de ser redefinido a fin de ensanchar el enfoque hacia nuevos dominios estructurales. Por ejemplo, al comienzo puede ir dirigido directamente al problema-queja: "Los asistiré en la conducta atípica de...". Pero tan pronto como se pueda, deberá ampliar su foco social: "Los asistiré para que ustedes colaboren en disciplinar a su hijo" (Keeny y Ross, 1993).

Una vez dado este primer paso a continuación el terapeuta debe organizarse para abordar tres operaciones distintas pero complementarias: la primera de ellas consistirá en integrarse a la familia al convertirse en miembro de varios subsistemas y ajustarse a los patrones, estilos, afecto y lenguaje transaccionales. La segunda operación consistirá en llevar a cabo la evaluación de la estructura familiar. Al respecto Umbarger (1983) señala que la terapia estructural prefiere observaciones de la conducta en contexto y en el aquí y ahora, a informes sobre conductas del pasado. Por lo que el terapeuta alienta un proceso interactivo que proporcione conductas elementales de la rutina familiar a través de diversos caminos ya sea invitando de manera abierta y general a los miembros de la familia para que susciten actividad, sentimiento y discusión en torno del problema-queja, aumentando la intensidad de sus interacciones, prolongando la duración de la interacción, haciendo participar a

otros miembros de la familia o introduciendo sondeos experimentales que proporcionen información tanto al terapeuta como a la familia sobre la flexibilidad de las interpretaciones y la índole del problema ya que se cuestiona el sintoma a través de dichas intervenciones así como también la posición que su portador ocupa en la familia (Minuchin y Fishman, 1993).

En estas intervenciones el terapeuta ha de averiguar si existe información sobre las alianzas, cuáles son las más manifiestas y cuáles más encubiertas, o sobre las subunidades, si las deslinda o no una buena frontera. De lo cual puede dar cuenta al observar quién habla y a quién; quién busca apoyo y de quién; y quién ofrece oposición y a quién, en lugar de reparar en el contenido de lo que se dice. Averiguar quién se sienta junto a quién; prestará oído a informes sobre quién se alía con quién en el hogar, y al modo en que se toman las decisiones, todo lo cual es indicativo del poder y de las jerarquías. Tomará nota de lo bien o mal que los miembros de la familia parecen reconocer importantes detalles de la vida del otro, conocimiento este que acaso indique cuán enredada o cuán distante es la familia o son sus subunidades. En suma, el terapeuta recoge y retiene los sucesos transaccionales que son pertinentes para una descripción de la estructura familiar (Umbarger, 1983). Con lo cual se puede ver que el diagnóstico que interesa no tiene relación alguna con el reificar el nombre de una enfermedad, un síntoma o un problema sino en comprender las estructuras estabilizadas del sistema. Este proceso de diagnóstico continúa a lo largo del tratamiento, con revisiones constantes a medida que la familia se reestructura o se resiste ante los intentos por hacerlo.

La tercera operación que ha de realizar el terapeuta es proporcionar circunstancias que permitan al subsistema conyugal fijar límites que los protejan procurándoles un ámbito para la satisfacción de sus necesidades sin que inmiscuyan al hijo.

Para alcanzar esto el terapeuta puede hacer empleo de la asignación de tareas para hacer que el conflicto latente aflore, lo que disminuirá el rígido enfoque del hijo designado y por consiguiente lo destriangulará de la díada parental. La tarea estándar es pedir al progenitor periférico aplicar sus destrezas de crianza de una manera activa en ese hijo al tiempo que el terapeuta válida la postura pública según la cual los dos cónyuges tienen idéntica conducta parental. Lo común es que a los pocos días de este nuevo régimen salgan a la luz diferencias ocultas entre los padres. Esto sucede porque el progenitor periférico casi siempre tiene secretas simpatías hacia el hijo chivo emisario, simpatías que se manifiestan en los intentos de crianza. El otro cónyuge, ahora excluido por la tarea, adoptará una posición reprobatoria durante este ordenamiento. Entonces se vuelven manifiestas para todos las diferencias encubiertas y su tratamiento se hace más fácil. Se ha vuelto imposible desviar el conflicto (Umbarger, 1983). Pérez-Moguel (1990) hace hincapié en otra alternativa para estos casos la cual consiste en que ambos padres se hagan cargo del hijo problema y le fijen normas de conducta que tiene poco que ver con la autoridad parental, apunta a resolver las desavenencias entre los cónyuges que los están invalidando como conductores de la familia. La comunicación mutua más directa entre los cónyuges y la modificación de la jerarquía familiar son procesos simultáneos. Al pedir a los padres que se hagan cargo de un hijo incompetente, el terapeuta les está pidiendo también que lleguen a un acuerdo, comunicándose mutuamente lo que cada quien piensa que se debe hacer. Gran parte del trabajo terapéutico menciona este autor consiste en negociar las discrepancias entre los padres para que puedan hacerse cargo mancomunadamente de la familia en vez de atacarse uno al otro.

Además un aspecto central en este tipo de intervención es que se incluye al padre para que participe activamente, modificando el lugar excluido con que suele llegar. Propiciando que conforme un equipo con la madre, delimitando de esta manera los subsistemas.

Por otro lado, se dice que cuando una familia en que una rencilla diádica se suele extender a algún otro miembro, se puede pedir que durante algún tiempo dejen de lado esa regla y ensayen una nueva, a saber que las dos personas que se están peleando se coliguen para oponerse airadamente a cualquier otro miembro de la familia que pretenda inmiscuirse. Esta intervención no concurre sólo a establecer una nueva regla, que garantice cierta integridad a las díadas, sino que puede aminorar las querellas entre los dos protagonistas (Umbarger, 1983). Obviamente esta técnica es adecuada para aquellos sistemas conyugales que aceptan la existencia de conflictos entre ellos.

Otra puerta de entrada para el terapeuta que asiste a parejas que han triangulado a un hijo es precisamente a través de él. Sobre todo se revela particularmente eficaz con jóvenes en la preadolescencia. En estos casos el terapeuta se alía sistemáticamente con él estableciendo una alianza con el muchacho justamente sobre el comportamiento perturbado con el fin de modificar su significado relacional. De esta manera su comportamiento se vuelve parte de un entendimiento con el terapeuta y ya no se usa para confirmar una relación agresiva, dependiente o protectora respecto de uno de los padres. Este tipo de técnica representa un pretexto para sellar un pacto con un adulto importante, valorizando así las potencialidades adolescentes. Puesto que cuanto más valorado se sienta en sus capacidades tanto más le pesará hablar acerca de su comportamiento perturbado (Andolfi, 1994).

En algunos de estos casos, el terapeuta prescribe dónde, cuándo y cómo se producirá el síntoma, con la intención de modificar el significado o la interpretación atribuidos a los síntomas.

Otra forma de intervención es el "desafío a la estructura", tanto en lo que respecta a la acomodación espacial de los miembros de la familia (trabajando sus distancias y cercanías) como en lo que se refiere a alentar para que cada uno piense con su propia cabeza y hable con su propia voz. Lo anterior puede llevarse a cabo, colocando los asientos en la sesión de terapia de manera que los padres se sienten juntos a un lado de la habitación y los hijos en el otro. Al mismo tiempo que se prescribe el silencio a quien intenta interrumpir a la pareja quien a su vez estará llevando a cabo la tarea de discutir alguna cuestión en particular, que arrojará a su vez datos sobre los esquemas cognitivos que validan su organización familiar. Hechos que han de ser considerados por el terapeuta para con base en ello construir un nuevo ordenamiento (Keeny y Ross, 1993). Encaminando a dar cuenta a la pareja de la capacidad de tomar decisiones juntos y desarrollar su relación sin la presencia de su hijo. Para ello, el terapeuta ha de diseñar situaciones en que tengan la posibilidad de empezar a construir una historia de experiencias compartidas.

3.2 Escuela Estratégica

Haak (1985) indica que es principalmente practicada por Haley y Madanes. Para Haley poder y control son fundamentales para comprender la comunicación en el sistema familiar, en donde sus integrantes aspiran al poder mediante mensajes que intentan definir y redefinir sus relaciones. Generar síntomas para cambiar la relación de poder, es una forma de lograr control en el sistema familiar. Como los síntomas son una estrategia que los miembros de la familia emplean para mejorar relaciones en el sistema, este autor piensa

que la terapia familiar es una oportunidad para enseñarles otros procedimientos para definir dichas relaciones de modo que se eliminen las conductas sintomáticas. Dado que el poder y la autoridad deben estar en manos de ambos padres como equipo jerárquico, sin que se presente la situación patológica de una coalición entre alguno de los progenitores y uno de sus hijos, en contra del otro progenitor.

La terapia comienza por fijar un foco claro sobre el problema que se ha de tratar debido a que este se utilizará como palanca para modificar las relaciones familiares. Madanes (1993) puntualiza que el terapeuta para poder formular una hipótesis sobre el problema previamente ha de recoger cierta información de la familia. ¿Cuándo se produce el síntoma, de qué manera, dónde y con quién? ¿Qué hace cada integrante de la familia cuando se produce el síntoma? ¿Cómo desaparece este último? ¿Quién se siente trastornado, triste, colérico, molesto por el problema? ¿Qué otro miembro de la familia tiene o ha tenido un problema semejante? ¿Qué miembros de la familia se parecen entre sí? ¿A quiénes une y a quiénes aleja el problema dentro de la familia? ¿Qué cosas cambiarían si el problema desapareciese?. Al responder a estos interrogantes (ya sea en forma directa o a través de su interacción) Andolfi (1994) refiere que la desviación del enfrentamiento conyugal tomará alternativamente forma. Lo anterior se da a través del ataque al hijo quien es la causa de los problemas familiares porque es malo o bien a través de la protección de los padres respecto de su hijo porque está enfermo. El autor comenta que ambos casos llevan al mismo resultado: la negación de todo conflicto de pareja a través de una constante alimentación de funciones disfuncionales a nivel de la relación padres-hijos, que presentan organización recursiva con mecanismo de retroalimentación: quién-hace-qué-a-quiéncuándo.

Una vez considerado el problema como una secuencia de pautas de coalición. El terapeuta, en vez de oponerse a la tendencia preponderante del sistema, preferirá secundarla, convencido de que un enfoque paradójico puede romper el círculo vicioso y promover espacios más amplios para entrar en el sistema familiar. Así, en una sesión comenzará diciendo que por el momento es tranquilizador para todos hablar del hijo y sólo concentrando los esfuerzos sobre él se podrá obtener alguna mejoría. Prescribiendo así a los tres componentes de la familia que se atengan a la descripción minuciosa del comportamiento del hijo. El resultado de la prescripción consistirá en el hecho de que no se habla de él en el curso de la sesión y se recogen en cambio informaciones útiles para comprender algunas reglas del sistema. Llevar a cabo lo anterior refieren Keeny y Ross (1993) es una etapa intermedia a menudo necesaria antes de la solución real del problema ya que de esa manera el hijo se ve obligado a realizar el cambio en función de los terapeutas y cada vez menos para con los padres.

Esta claro que promover el enfrentamiento de la pareja no es una operación fácil, incluso porque ambos cónyuges están habituados a desviarlo regularmente mediante la utilización del hijo y carecen de modelos transaccionales alternativos.

En este sentido a continuación se mencionarán algunas de las técnicas que pueden emplearse, según sea el caso:

A. Se utiliza a la pareja periférica

En este enfoque se atraviesan tres etapas. En la primera, padre-hijo y terapeuta comparten una actividad desplazando a la madre a la periferia con lo cual se crea una nueva organización anormal. En la segunda el hijo queda fuera de la pugna entre adultos y es libre de unirse a sus pares (puede necesitar o no que lo orienten hacia actividades compartidas con

estos). En la tercera, por fin el terapeuta debe desvincularse y salir de la familia dejando a los padres relacionados entre sí y al niño unido a sus amigos. Cuando la terapia marcha bien, estas etapas fluyen en una sucesión lógica. En la primera, al excluir a la madre se le estimula a establecer un vínculo con el padre, cambio que ocurre con naturalidad cuando ella objeta el trato que el padre da al hijo con quien ya no se le permite ligarse. Luego, el terapeuta hace que los cónyuges concentren su atención el uno en el otro y excluye al niño, principiando así la segunda etapa, para entrar finalmente en la tercera, el desvincularse de la familia no sin antes asegurarse de que no será remplazado por el hijo (Haley, 1990).

Un ejemplo de lo que puede realizarse en la segunda etapa es lo que Kriz (1990) menciona a continuación. Al finalizar en una sesión en la que a los padres se les ha solicitado a solas se les plantea una indicación en cuatro etapas: 1) El contenido total de la sesión se tiene que mantener secreto para los restantes miembros de la familia. 2) Más o menos una semana después del encuentro, los padres tienen que comenzar a salir desde la tarde hasta las 23 hrs. Nadie debe saber dónde están; tienen que limitarse a dejar una breve nota: "esta noche no estaremos en casa" (el momento y la frecuencia con que han de hacer esto se debe establecer con la mayor precisión de acuerdo con el terapeuta). 3) Si son preguntados, tienen que responder: "son cosas que nos interesan a los dos". 4) Cada uno de los padres por su cuenta debe llevar un diario secreto que registre todas las reacciones de los miembros de la familia. Después de la etapa 4, harán (si han cumplido con lo anterior) salidas análogas a 2, de dos días, lo que posteriormente se acrecentará de diez días a un mes. Este procedimiento ha dado como resultado una mejoría en el paciente sintomático quien poco a poco abandona su conducta.

B. Se quiebra la díada mediante una tarea

Si el terapeuta se encuentra en una situación en la que es imposible utilizar a la persona periférica para desenganchar una díada madre-hijo sobreinvolucrada, puede elegir otro enfoque. Bien puede ser orientar a la madre para que ayude al niño a adquirir mayor competencia o desviarla hacia actividades más apropiadas que andar detrás de aquel. Esto puede ser difícil en aquellos casos en que el esposo le da escasas satisfacciones y las pocas que recibe provienen del niño. A veces da resultado un programa de trabajo, estudios o acción comunitaria fuera del hogar, especialmente si este cambio va acompañado de la programación de una actividad natural para el niño (mejor que una actividad artificial como la terapia de grupo), que demande su asociación con pares y no con adultos. Al orientarse hacia ocupaciones diferentes, madre e hijo aflojan su vínculo. Otro enfoque muy distinto es impartir una tarea que parezca estimular la solicita protección maternal, pero que en realidad romperá la relación, pues se hace imposible continuarla de ese modo (Haley, 1990).

Fishman y Rosman (1988) mencionan que ambos métodos pueden resultar rápidamente eficaces para aliviar los síntomas del hijo sin embargo, el terapeuta debe estar consciente de algunas de las limitaciones de estos métodos. En primer lugar, el hijo sintomático a menudo está muy sensibilizado ante el nivel de trastorno emocional de la madre. Los reordenamientos estructurales que prescriben esos métodos con toda seguridad aumentarán el nivel de ansiedad y el trastorno interno de la madre, por tanto es probable que intensifiquen la ansiedad del hijo. Si bien es cierto que el creciente compromiso del padre con su hijo puede aislarlo de su malestar de modo más satisfactorio, la ansiedad de la madre al sobrepasar el nivel crítico puede anular el efecto de aislamiento de la creciente participación del padre. Pudiendo tratar el problema eficazmente

trabajando con la madre ya sea individualmente o en el contexto de las sesiones familiares para que vaya dando cuenta de la forma en que el hijo sintomático se sensibiliza frente a su creciente ansiedad. Ese conocimiento puede lograrse simplemente formulando algunas preguntas elaboradas, tales como, ¿se dio cuenta alguna vez cuál de los niños parece más afectado por sus trastornos aún cuando usted se esfuerza por mantenerlos secretos? ¿cuál de los niños le parece afectado de esa manera por su esposo?. Luego se le pueden formular una serie de preguntas al hijo sintomático: ¿puedes decirme cuando está molesta tu madre? ¿cómo? ¿qué efecto te provoca? ¿cómo te comportas cuando te sientes así?. Si estas preguntas tienen resultados satisfactorios, el proceso emocional que fomenta la ansiedad de la familia se saca a relucir, se trata y la ansiedad disminuye.

Por otro lado, dichos autores subrayan que si el hijo sintomático llegara a ser en ese caso una adolescente la prescripción mencionada sería inapropiada en relación al desarrollo; porque en esta etapa es esencial que los jóvenes establezcan un efectivo puente de relaciones con el progenitor que pertenece al mismo sexo.

Otras veces las limitaciones son creadas precisamente por el mismo terapeuta que no puede pasar a la etapa siguiente y continúa dedicándose al hijo cuando ya tendría que trabajar con la pareja o bien es incapaz de desvincularse y prolonga el tratamiento cuando ya no es necesario impidiendo con ello que se produzca el cambio final que liberará al hijo y dejará a los progenitores tratándose entre sí sin la presencia del terapeuta. Toda terapia es más eficaz si el terapeuta es capaz de relacionarse estrechamente con la familia pero también de desvincularse rápidamente, aceptando acreditarle a ella, más que a sí mismo el éxito obtenido (Haley, 1990).

C. Desfile de Confrontación

Mediante esta técnica Isaacs Montalvo y Abelsohn (1995) mencionan que los hijos plantean a los padres que su vida conyugal les causa más sufrimiento del que les provocaría su separación. Desprestigiando así el mito parental en que se basa el mantenimiento de la homeostasis : la familia debe permanecer unida por amor a los hijos, pues estos se opondrían a una separación que los perjudicaría gravemente.

Dicha técnica da resultado cuando los hijos se han convertido en el principal rodeo de que se vale un matrimonio fracasado para eludir su conflicto y en el pretexto para no cambiar. Además estos autores comentan que sirve para iniciar el proceso de liberación de los hijos, atrapados en medio del conflicto, trazando unas fronteras más adecuadas entre padres e hijos.

El desfile de confrontación se emplea mejor cuando los hijos son adolescentes cercanos a la edad adulta o adultos jóvenes.

A continuación se describirán las etapas de esta técnica:

Una vez que el terapeuta ha determinado clínicamente la necesidad de disipar el mito que mantiene la homeostasis se entrevista a solas con los hijos para averiguar si quieren o no que sus padres continúen unidos. Para evitar cualquier fenómeno de contagio, el terapeuta no se dirige colectivamente a todos los hijos; sino que insiste en la libertad que goza cada uno para tomar posición, rastrea los puntos de vista individuales y diferencia las diversas respuestas. Con lo cual se revela hasta qué punto están dominados por el mito parental o se diferencian de él. Si cualquiera de los hermanos cree que los padres deben seguir unidos por su causa o no quiere participar en el desfile por algún otro motivo, deberá desecharse la idea sin más discusiones. Por el contrario, si los hermanos concuerdan

en que sus padres, no deben mantenerse unidos por su causa, el terapeuta los prepara cuidadosamente para la etapa siguiente, explicándoles que a sus padres les resultaría útil conocer su opinión acerca de lo que sienten por el hecho de que continúen unidos por su causa. Si se maneja mal esta etapa, se corre el riesgo de que los hijos creen que se les está pidiendo que vuelvan la espalda a sus padres y huyan de ellos. Posteriormente el terapeuta explicará a cada uno el plan exacto que seguirán: entrarán en el consultorio uno por vez; formularán una breve declaración dirigida a ambos progenitores y saldrán, evitando cualquier discusión sobre lo declarado.

Antes del desfile de confrontación el terapeuta les anunciará a los padres que sus hijos tienen que decirles algo de importancia crucial. Sin embargo, antes deben avenirse a dos condiciones: se abstendrán de toda discusión o diálogo, limitándose a escuchar lo que los hijos tengan que decirles y no les infligirán ningún tipo de castigo por lo que digan, ni les hablarán más del tema. Una vez concluido el desfile, el terapeuta pide a los padres que mediten profundamente acerca de lo que acaban de escuchar y termina bruscamente la sesión, sin tratar de calmar a los cónyuges. Es importante que estos salgan del consultorio con la sensación de que la situación sigue siendo grave.

Ninguna de las anteriores líneas de intervención constituyen por sí solas toda la terapia sino que cada una de ellas contribuye a dar un paso más hacia la modificación de estos sistemas. Además los beneficios que se puedan obtener de estas dependen de la habilidad y pericia del terapeuta para la reelaboración de las consecuencias.

Cuando la tríada ya no es tan rígida; es decir, cuando el enfrentamiento conyugal ya no es vivido como algo amenazador e insostenible por todos, y el hijo ya no tiene que funcionar como catalizador de las tensiones familiares y

por tanto pierde su rol protector, parece posible una redefinición de las relaciones entre los integrantes de la pareja. Fishman (1990) sostienen que cuando existe un profundo sentimiento de agravio entre los miembros de la pareja, es muy importante hacer una revisión minuciosa y detallada de los dominios en los que se han sufrido daños. Este proceso implica que deben evocarse los recuerdos y el daño y proporcionarse una oportunidad de atacar a la persona responsable de las heridas pasadas, Además, se le debe dar al que cometió los agravios la oportunidad de sentir que ha expiado sus pecados. A partir de este tipo de diálogo surge una nueva responsabilidad que puede contribuir a profundizar el proceso de revisar el acuerdo de la pareja y a estructurar una nueva complementariedad en la cual ambos puedan cuidarse tanto como cuestionarse mutuamente.

A través de las fases descritas, la terapia parece encaminarse hacia el logro de su objetivo central, o sea, la creación de una separación entre las unidades generacionales de la familia. Lo que importa no es la conciliación entre las partes, padres e hijos, sino la demarcación de límites que permitan al hijo iniciar una vida independiente.

3.3 Escuela de Milán

Acuñada por Selvini Palazzoli y su grupo milanés de trabajo. Desde este enfoque se concibe que el enemigo al que debe atacar el terapeuta no es ningún miembro de la familia y ni siquiera la propia familia malfuncionante, sino lo que ellos llaman el "juego" familiar, según el cual cada persona trata de obtener un control de las reglas de la familia, mientras niega que lo esté haciendo. A menos que todos se pongan de acuerdo o bien puedan convenir en las reglas del juego familiar no podrá ganarlo nadie, ni tendrá fin. Como tales juegos no son manifiestos, sólo se les puede inferir de las comunicaciones que se efectúan en la familia (Hoffman, 1987). Con respecto

a esto Andolfi, Angelo, Menghi y Nicolo-Corigliano (1989) citan que el comportamiento del paciente designado en sesión parece reforzar tres aspectos fundamentales que la pareja así como el resto de la familia muestran al terapeuta: la posición absolutamente central de los síntomas del paciente en el universo de la familia (posibilitando la anulación de cualquier otra problemática), la imprevisibilidad de todas sus formas de comunicación (incluso las más trivialmente congruentes) y la inutilidad que deriva de cualquier tentativa efectuada en el interior, así como en el exterior de la familia, por modificar su comportamiento. En esta manifestación esta implícita la idea de que habiéndolo intentado tantos ya no se puede esperar que alguien obtenga mejores resultados.

Y justamente sobre la base de esta situación, la pareja hace sus demandas. "Ayúdenos a cambiarlo, sin interferir en las relaciones en que participa. Ayúdenos a curarlo aunque sea imposible" (p.63). Ackermans y Andolfi (1990), consideran que ignorar la incongruencia existente entre la demanda de curación y la definición más o menos explícita de incurabilidad que se esconde tras este mensaje, significaría caer en el juego homeostático que determina el mantenimiento del paciente designado. Generándose así una lucha entre dos bandos : por una parte, el terapeuta empeñado en empujar al sistema a un cambio más amplio y por otra parte la pareja empeñada en demostrar su buena voluntad y el fracaso del terapeuta. Todo ello excluyendo al paciente designado y confirmando su radical diferencia.

Surge entonces aquí la necesidad de subrayar la importancia de asignar una connotación positiva a tales reglas familiares y a la conducta de todos los miembros de la familia, incluso la del miembro sintomático, por extravagante que sea también, si resulta apropiado, de los miembros de la familia que son las víctimas aparentes. Para todas las actitudes y conductas, la connotación positiva propone motivos cuyo núcleo son la unidad y estabilidad del grupo

familiar. Supone la aprobación de los motivos subyacentes en esas conductas, uniendo a los miembros de la familia de un modo tal que ellos resulten complementarios, en relación con el sistema, sin ninguna connotación moralista, evitando así trazar líneas divisorias entre los miembros del grupo. Sólo definiendo de modo positivo la parte de cada miembro en el juego familiar puede el terapeuta proceder lógicamente a prescribir este juego para de una manera paradójica, facilitar el cambio (Cade y O'Hanlon, 1995).

La primera respuesta de contraprovocación consiste en utilizar como blanco del sistema, al propio paciente designado ya que si los padres lo habían elegido mediador de toda interacción, lo mismo haría el terapeuta pero inmovilizándolo en su función. Para llevar a cabo esto, el terapeuta tuvo que haber vislumbrado algún elemento referido a las funciones de los otros miembros del sistema y elaborar hipótesis sobre la trama relacional que los une. Así el paciente designado no será provocado como individuo aislado sino como integrante de un sistema más amplio (Andolfi, Angelo, Menghi y Nicolo-Corigliano, 1989).

Bebchuk (1992) considera que la generación de hipótesis es un proceso continuo que va siguiendo paso a paso la conversación con la familia. Cada hipótesis da lugar a una serie de indagaciones. Transcurre así un proceso de indagación-evaluación que toma el lugar del diagnóstico habitual. Por lo general, la hipótesis tiene alguna de estas formas:

1. Quién está con quién (son las suposiciones sobre alianzas, coaliciones o matrimonios y triangulaciones).
2. Premisas o mitos (familiares e individuales).
3. Suposiciones sobre la comunicación en la familia y entre la familia y otros sistemas (incluso el terapéutico).

Cuando se conectan estas hipótesis en una explicación única que le da

un significado al problema en su contexto, se tiene la hipótesis sistémica. Que de acuerdo con el autor se irá ajustando o desajustando a través de las reacciones verbales y no verbales de la familia durante la conversación terapéutica.

Una vez elaborada la hipótesis sistémica, se señala directamente al paciente como el controlador oficial de la pareja, como aquel sin cuyos afanes no sé podría manejar. Se prescribe el síntoma del paciente designado, lo que implica que es objeto de agresión o de ridículo en su naturaleza misma, mediante su acentuación o anticipación, cobrando así un sentido lógico y voluntario. Resaltando también la función indispensable e irremplazable que desempeña para perpetuar el juego relacional que evita el conflicto conyugal (Ackermans y Andolfi, 1990). Es así que sólo se vuelve posible optar por el cambio, si se mueve a cada uno de los miembros a adentrarse de una vez por todas en las limitaciones y los sufrimientos que esas funciones traen aparejados. Poniéndolos en condiciones de elegir entre lo que suelen hacer y lo que querían hacer, entre lo que son y lo que querían ser. Ante todo el paciente designado deberá definirse con respecto a su propia ambigüedad y elegir entre dos caminos: mantenerse coherente hasta el fin con el papel de paciente que sólo se puede diferenciar de los demás por su enfermedad o situarse de una manera más auténtica en el interior de la familia (Andolfi, Angelo, Menghi y Nicolo-Corigliano, 1989).

Al redefinir positivamente la conducta del paciente designado, el terapeuta niega estratégicamente la terapia, ya que se comunica que es demasiado peligrosa para un equilibrio familiar tan bien consolidado con el transcurso del tiempo. La provocación terapéutica consistirá en pedir a la familia que mantenga la situación estable en el mismo momento en que ya se están produciendo ciertos cambios. Haciendo entrever los peligros inherentes al cambio, de modo que el cambio sea presentado por el terapeuta como una

situación de temer. El efecto de este desafío es paradójicamente, reforzar la tendencia al cambio del sistema. Esto se lleva a cabo, concretamente mediante tres intervenciones sucesivas:

- a) La negativa del terapeuta a aceptar oficialmente la mejoría. Al comienzo se mostrará completamente insensible a los primeros signos de cambio. Se dirá que a pesar de la voluntariosa colaboración de la familia, el terapeuta se encuentra esta vez confuso e incapaz de hacer una idea clara y de prestar ayuda. El tono será, por cierto, indiferente, pero no dramático. Después, se hace una pausa de suspenso, se fija la fecha de la próxima sesión y se cobra honorarios. El temor de perder a tan dignos adversarios empuja inmediatamente a la familia a realizar cualquier cosa a fin de que el juego no vaya a terminar, hasta el magnánimo intento de superar para el juego a los terapeutas con la autoacusación: "¿pero no será toda culpa nuestra...?" (Selvini Palazzoli, Boscolo, Cecchin y Prata, 1991). Se trata, en la práctica, de sustituir el juego sin fin (realizado hasta entonces por la familia) por un juego nuevo, en el que el terapeuta, mediante la negación de alternativas pone en acto una modalidad que puede ahora responder mediante una contraprovocación terapéutica ("te demostraré que te equivocas"). Esta contraprovocación, más allá del significado relacional que contiene, permite a la familia experimentar modalidades de relación y de solución de problemas hasta entonces negadas o en todo caso no expresadas (Andolfi, 1994).
- b) La redefinición de la mejoría como peligrosa. Tiene el efecto de dar poder al cliente, por medio del proceso de reconocer sus preocupaciones perfectamente válidas y más temerosas acerca del cambio, dejando después que opere sobre la base de sus propios argumentos acerca de la inconveniencia de intentar cambiar (Cade y O'Hanlon, 1995).
- c) La prescripción de no cambio. La intervención terapéutica, justamente porque la familia vive como un desafío productivo, termina quitándole al sistema familiar el peso de una responsabilidad sentida inicialmente como

demasiado gravosa : cambiar sólo para sí (y no en función del otro y en particular de uno cuya misión es estimular el cambio). Cambiar para el terapeuta se transforma en un nuevo estado de anormalidad, que representa en muchos casos un paso obligado y eficaz para ayudar a los miembros de la familia a liberarse de una realidad agobiante de enfermedad y reelaborar un esquema de relaciones más aceptable, que ya no necesite de chivos emisarios para mantenerse (Andolfi, 1994).

3.4 Escuela de Bowen

Esta escuela se ocupa de estudiar a la persona dentro del sistema familiar, poniendo énfasis en la viculación con figuras del pasado que se perciben en el funcionamiento actual del individuo, y que es probable que se transmitan a generaciones futuras. Su objetivo es liberar al sujeto de los vínculos morbosos con generaciones anteriores, al revelarse la existencia de éstos, demostrarle su inconveniencia y ayudar al individuo para que los abandone de manera paulatina. El terapeuta desempeña una función facilitadora en este proceso mediante lo que Bowen llama entrenamiento (Weiner, 1992).

Bowen (citado en : Johnson, Rasbury y Siegel, 1992) diseñó una técnica terapéutica que consistía en indicar a los cónyuges hablar directamente con él acerca de sus sentimientos de modo calmado y objetivo, enseñándoles así a responderse mutuamente con más eficacia. Eligió trabajar sólo con los padres del hijo triangulado tras haber observado que muy a menudo cuando se encontraban los tres, éstos enfocaban su atención en la dificultad de su hijo evitando así enfrentar complicaciones de su propia relación. Supuso que si ayudaba a los dos miembros adultos de la familia a que aumenten su nivel de diferenciación, otros integrantes cambiarían en relación con sus padres.

Una sesión de este tipo se podría desarrollar de este modo : se inicia preguntando al esposo los progresos que ha hecho desde la última sesión y se le invita a hablar de ello con la mayor objetividad posible. Si su relato tiene un contenido significativo, hay que dirigirse a la esposa y pedirle que exprese los pensamientos que le pasaron por la cabeza mientras el esposo estaba hablando. En las primeras fases de la terapia las preguntas apuntan a sacar a la luz los procesos de pensamiento en forma de reflexiones, opiniones o ideas. En otras situaciones en cambio, se le pedirá a la esposa que responda de manera inmediata, sin recurrir a la mediación intelectual. Sólo mucho más avanzada la terapia y en situaciones especiales, se le alienta a expresar sus sentimientos objetivos más íntimos. Después de que la esposa ha hablado se le puede preguntar al esposo "qué piensa de lo que ha dicho su esposa". Puede ocurrir a veces que en las sesiones el terapeuta dedique a hacer las preguntas alternas a uno y otro. Si los sentimientos afloran y uno de ellos le contesta directamente al otro, sin esperar que los interroge, hay que comenzar a hacerles preguntas más directas y concisas hasta recuperar el control del proceso. Cuando durante una sesión los sentimientos se manifiestan de manera evidente, el objetivo consiste más en hacer hablar a cada uno de ellos de sus propios sentimientos que en pretender una manifestación inmediata. Con este método se llega automáticamente y con más rapidez a una expresión libre y abierta de los sentimientos y se logra un resultado notable. Por primera vez cada uno de los cónyuges escucha y conoce al otro (Bowen, 1991).

Generándose así el espacio para que los miembros de la pareja digan con mayor claridad posible lo que piensan y sienten, a fin de poder sacar a flote los desacuerdos.

Otra forma de facilitar el escucha real es lo que Wachtel (1996) plantea. Él dice que frecuentemente la pareja interpreta todo lo que dice el otro como crítico y responde de forma igualmente crítica. Por lo que es indispensable interrumpir su discusión tan pronto como sea posible con una formulación que explique que esta forma de comunicación es como ellos ya saben, improductiva. Luego entonces se les pide que escuchen lo que el otro esta diciendo con la predisposición de buscar cualquier cosa con la que puedan estar de acuerdo. Después de unos momentos, se recuerda de nuevo al oyente que trate de encontrar algo que él o ella piensen que es básicamente correcto en lo que dice el otro y trate de ver si es posible ver algo de lo que se está diciendo desde el punto de vista de la pareja. Recordándoles e instruyéndoles antes de que haya tenido lugar una discusión crítica, se trata de prevenir tener que criticar después y en su lugar se proporciona una guía sobre la cual puedan construir. Plantea el autor que cuando a alguien le cuesta mucho hacer esto o rechaza la petición por considerarla imposible o absurda, se verá si al menos puede estar de acuerdo en escuchar lo que el otro miembro de la pareja dice y no responder inmediatamente. Asimismo el terapeuta puede estimular la escucha real parando una discusión en el punto en que se ha alcanzado algún acuerdo, de este modo se subrayan los logros no percibidos y se previene el deterioro tan característico de las discusiones que se prolongan demasiado.

Por otra parte, Bowen (1989) también dedicó especial atención a la definición del sistema de la reactividad emocional que actúa de manera automática y por lo general inconsciente, en toda relación de pareja, Se trata de un proceso que, a partir de un estímulo emocional de poca entidad en uno de los miembros, desencadena respuestas emocionales más intensas en el otro. En la respuesta pueden intervenir los cinco sentidos pero en general prevalecen los estímulos de la vista y el oído. El estímulo puede ser tan

repulsivo que el receptor estará dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de evitarlo o bien puede ser tan placentero que hará cualquier cosa con tal de provocarla. Entre los estímulos negativos se incluyen los amaneramientos, movimientos del cuerpo, las expresiones del rostro y los tonos de voz que provocan violentas respuestas emocionales en el otro. Uno de los objetivos de la terapia es que los cónyuges lleguen a ser más conscientes de estos mecanismos para ser así capaces de definirlos con la mayor cantidad posible de detalles, aumentando su capacidad de observación recíproca, se podrá controlarlos.

Cuando la pareja esta en disposición de escuchar con atención, que implica una clara retroalimentación de los mensajes y la verificación de los supuestos acerca del otro, Bernhard (1991) expresa que la pareja esta con una mayor consciencia personal e interpersonal que hace posible que ambos comuniquen información sobre las acciones significativas que indican primacía y significancia específica en la relación. Además permite descubrir las cosas que cada uno hace para que el otro se sienta importante y se alimenten así los impactos positivos por medio del reconocimiento.

Un principio fundamental en este tipo de enfoque es que el problema emocional entre dos personas se resolverá automáticamente si estás permanecen en contacto con una tercera que puede mantenerse libre del campo emocional que media entre ellos, mientras se relacionan activamente con cada uno de ellos.

Por otra parte, en este tipo de terapia el terapeuta tiene la función de demostrar la diferenciación mediante la adopción de "posturas desde yo" en el curso de la sesión ya que cuanto más se define el terapeuta a sí mismo con relación a las familias, más fácil es que ellos se definan a sí mismos entre sí (Bowen, 1991).

Otro procedimiento que planteó Bowen para cambiar las relaciones triádicas rígidas fue transformar la conducta de uno de los integrantes del triángulo. Bowen piensa que al enseñar a un miembro de la familia a identificar triángulos y maneras de no entrar emocionalmente en ellos, el terapeuta puede realizar cambios en todo el sistema familiar.

Es así que el objetivo más ambicioso (y que por tanto pocas veces se concreta) reside en crear una matriz relacional triangular centrada en la cooperación autónoma, versus la dependencia sometida, entendiendo el proceso de autonomía, como el desarrollo de la discriminación, como un compromiso con los otros prójimos lejanos, es decir la solidaridad social, la cual implica también poder diferenciar entre el proyecto individual; el proyecto común y la posibilidad de formularse propuestas de convivencia, necesariamente distintas a lo largo del tiempo. Esto se relaciona con una imagen de pareja en proceso y sin la mistificación del "para siempre" como forma de sellar y soldar el vínculo definitivamente (Calvo, Riterman y Sopolansky, 1982).

CONCLUSIONES

La familia es un organismo complejo debido a que en ella coexisten distintos niveles de interacción: el de pareja, el parental, el fraternal y finalmente aquel que cada individuo mantiene con el ambiente externo. El poder experimentar estas combinaciones es enriquecedor puesto que al tener la libertad de trasladarse de un lugar a otro, de participar, de separarse y cambiar de compañeros se establecen límites sanos y se genera una unión real y significativa entre los integrantes de la familia. Además de esta manera se hace posible que el individuo, con la seguridad de pertenecer a un grupo familiar suficientemente cohesionado vaya poco a poco diferenciándose y adquiriendo una identidad específica que a su vez le permita separarse del sistema familiar y construir un sistema nuevo. Después de todo como lo ha hecho ver Framo (1990) la función primaria de la vida familiar es la preparación de los jóvenes para la siguiente generación.

A través de la presente investigación se ha podido confirmar que lo anterior sólo es posible cuando existe una relación de pareja estable y satisfactoria ya que como señalaron Whitaker y Bumberry (1991) los hijos se insertan directamente en la calidad de la relación entre los cónyuges, su sensación de seguridad o pánico es un reflejo del vínculo emocional existente entre sus padres. Ellos son quienes de una forma u otra determinan las reglas de asociación que gobiernan al sistema familiar, quienes favorecen la individualización y la autonomía de los miembros. Minuchin hizo incapié en esto al referir que era indispensable que hubiera límites bien definidos entre los subsistemas para que la familia se desarrollara adecuadamente (Johnson, Rasbury y Siegel, 1992).

Resulta entonces importante examinar todas las relaciones familiares

para descubrir los factores que modelan determinado comportamiento y la manera en que deben satisfacerse las necesidades de los restantes miembros de la familia, ya que dejar de lado este último aspecto daría pauta a la recreación de nuevos problemas.

Esto subraya la necesidad de abordar las diversas problemáticas desde un enfoque sistémico, éste ofrece un marco de referencia más amplio, incluye lo histórico, lo cultural y diversos sistemas de influencia, considera que la conducta es el resultado de la interacción de procesos recíprocos, entre personas interactuantes. Lo cual se ha contemplado al observar que las maneras de relación de los cónyuges en conflicto dependen una de otra en forma circular. Por ejemplo, se ha destacado como el nivel de diferenciación alcanzado por cada miembro de la pareja juega un papel central en la triangulación.

Al respecto parece ser que la persona que forma la coalición con el hijo se caracteriza por haber alcanzado un nivel bajo de diferenciación que no le ha permitido responder adecuadamente a las demandas que hace su pareja ya sea porque lo afrentan a reconocer su propia dependencia, su escasa autoestima o bien se les perciba como una agresión hacia su persona. Como principalmente es la madre quien involucra al hijo de esta manera es importante revisar a continuación aquellos aspectos de género que lo favorecen.

Generación tras generación se ha concebido que la mujer debe ser abnegada, honesta, sumisa, comprensiva, obediente y abnegada, de alguna forma con dichas características se le ha predispuesto socialmente a ser víctima, aparece ante los demás como una persona impotente que requiere de la atención y ayuda de los otros. Razones muy válidas para que el hijo se apege a la madre y le brinde su apoyo. Además a esto hay que sumar el hecho

de que la estructura tradicional de la familia ha dado por sentado que la mujer es quien tiene que satisfacer las necesidades físicas y emocionales del hombre (Walters, Carter, Papp y Silverstein, 1991), lo que da pauta a que la mujer encuentre en la experiencia de la maternidad la posibilidad de hacer que un hijo actúe de acuerdo a sus intereses, ella es quien controla las definiciones que el niño da a sus propios mensajes internos como la definición de sus respuestas frente a ella.

Por tanto, como refiere Boszormenyi-Nagy y Spark (1994), la constelación de los roles permite que los conflictos internos de cada miembro sean actuados dentro de la familia antes que dentro de sí mismo y cada miembro procura encarar sus propios conflictos modificando al otro. Planteamiento que también incluye al padre quien tras las constantes exigencias o negativas de su pareja a encontrado respaldo en su hijo para eludir emociones que no son compatibles con el papel que la sociedad le ha asignado: fuerte, independiente y aguantador.

Así cada miembro de la pareja a dado cuenta que para sobrevivir psicológicamente deben seguir manteniendo en su presente estado sus relaciones familiares. De esta manera va cobrando significado el mito parental al que tanto hace alarde este grupo de familias: "hay que mantenerse unidos por amor a los hijos, evitar la desintegración familiar". Aunque esto sólo sea una ilusión ya que finalmente la familia está dividida por la coalición rígida entre madre e hijo y el amor que refieren es violento en su mecánica manipulativa, al hijo se le sacrifica y compromete en sus propios deseos, logros y realización.

En este sentido, es que resulta importante destriangular al hijo, no se le vive como una entidad independiente, con toda la gama de sentimientos y actitudes humanas sino como personas con características singulares

(Boszormenyi- Nagy y Spark, 1994). Motivo por el cual en la mayoría de las ocasiones no se responde a sus estados anímicos e incluso se les llega a privar del contacto afectivo cuando toma partido por alguno de sus progenitores. Otras veces sufre de abuso emocional, que se manifiesta bajo conductas verbales como amenazas de abandono, desprecios, críticas y desvalorizaciones que bloquean su iniciativa. Indicadores de este tipo de violencia son su escasa confianza en sí mismo, las excesivas demandas de atención, su agresividad o pasividad frente a otros o la exagerada necesidad de sobresalir o ganar. Comportamientos que evidentemente son útiles a los padres porque son el foco de atención que les posibilita desviar sus conflictos de pareja, sin embargo para el hijo constituyen un obstáculo en su desarrollo, les arrebatan la experiencia de relacionarse con sus coétanos y hacer un sin fin de actividades acordes a su edad, de experimentar y de tener una ilusión, incluso a largo plazo de poder establecer una relación de pareja satisfactoria dado que al internalizar las maneras de interactuar de sus padres aprendió que el ser amado daña, agrede y provoca angustia.

No obstante, sería inapropiado considerar que los problemas del hijo son el producto de las influencias negativas de los padres y presentarlo como un receptor pasivo de tales influencias, se estaría descuidando un dato esencial: el rol activo que por el contrario desarrolla el hijo al mantener la estructura familiar, sus conductas, en cierta medida están continuamente "creando" la de sus padres. Es así que la causalidad recíproca se convierte en la piedra angular para explicar las conductas de un sistema.

Por lo anteriormente dicho es importante que durante los primeros encuentros que se tengan con este tipo de familias se profundice en la indagación del contexto interactivo para con base en ello elaborar una lógica de intervención acorde a sus características y recursos familiares. Ya que por ejemplo, una pareja que centraliza íntegramente su atención en el hijo

sintomático está aprisionado en un sistema más cerrado y por consiguiente requerirá intervenciones más fuertes y mayor flexibilidad por parte del terapeuta, que aquella que se centre en su hijo sintomático pero también admite que tiene problemas conyugales.

En cualquier caso, el plan terapéutico generalmente consiste en incidir en la relación de pareja vistos en su rol de padres, esto los hace sentir menos responsables y culpables que si de entrada se plantea en forma directa los conflictos existentes entre ellos, lo cual sería más amenazador para los dos. Por ello es que se les valoriza en este sentido, para una colaboración activa en el proceso de cambio, puesto que se persigue primeramente sacar al hijo y posteriormente estabilizar al subsistema parental pues son el núcleo alrededor del cual giran los hijos.

Durante este proceso se pretende que los integrantes del sistema hablen en la medida de lo posible de cosas de las que hasta entonces no pudieron hablar, siendo un recurso importante para lograrlo el suscitar enojo por las propias debilidades.

Por otra parte, las intervenciones del terapeuta están encaminadas a que los cónyuges comprendan no ya racionalmente su situación sino a introducir preguntas inusuales que ellos mismos no se han elaborado, contribuyendo así a sentir curiosidad por aquel camino que aún no han recorrido.

Sin duda esto subraya la necesidad de que el terapeuta desarrolle día con día ciertas características que le permitan intervenir eficazmente en estos grupos, como lo son el contar con una estabilidad emocional sólida que le permita entrar y salir del sistema sin quedar atrapado en su dinámica, ser flexible, asertivo, buen observador y escucha ya que el foco de atención no se

circunscribe a una persona sino a las interacciones que se suscitan en el entorno familiar, hay que estar atento a la lectura de las comunicaciones que cada integrante envía para poderles devolver con la misma intensidad, la incongruencia de sus mensajes, liberando así la crisis real de sus relaciones recíprocas.

Lo anterior resalta la necesidad de que en las Instituciones Educativas se genere un espacio para promover el crecimiento personal del psicólogo en formación, como imperativo ético y requisito de su eficacia, son precisamente sus características personales las que posibilitan en gran medida que sea aceptado como agente activador de cambio.

BIBLIOGRAFIA

1. Ackermans, A. y Andolfi, M.,(1990). La creación del sistema terapéutico: La Escuela de Terapia Familiar de Roma. Argentina : Paidós.
2. Andolfi, M. y Angelo, C.,(1989). Tiempo y mito en la psicoterapia familiar. México : Paidós.
3. Andolfi, M., Angelo, C., Menghi, P. y Nicolo-Corigliano, A.M.,(1989). Detrás de la máscara familiar. La familia rígida. Un modelo de psicoterapia familiar. Buenos Aires: Amorrortu.
4. Andolfi, M.,(1994). Terapia familiar. México : Paidós.
5. Avila, E.A. y Pochi, B.J. (comps), (1994). Manual de técnicas de psicoterapia. Madrid : Siglo XXI.
6. Bebhuk, J.,(1992). "La formulación de hipótesis en la terapia familiar sistémica". Psicoterapia y Familia. 5 (1).
7. Bernhard, Y.M.,(1991). Cómo resolver conflictos en pareja. México : Pax México.
8. Bornstein, P.H. y Bornstein, M.T.,(1992). Terapia de pareja. Enfoque conductual-sistémico. Madrid : Pirámide.
9. Boszormenyi-Nagy, I. y Framo, J.L.,(1988). Terapia Familiar Intensiva. México: Trillas.
10. Boszormenyi-Nagy, I. y Spark, G.M.,(1994). Lealtades Invisibles. Buenos Aires: Amorrortu.
11. Bowen, M.,(1989). La Terapia Familiar en la Práctica Clínica. Fundamentos Teóricos. Vol. 1. España: Desclée de Brouwer.
12. Bowen, M.,(1991). De la familia al individuo. La diferenciación del sí mismo en el sistema familiar. Barcelona: Paidós.
13. Cade, B. Y O'Hanlon, W.H.,(1995). Guía Breve de Terapia Breve. Barcelona: Paidós.

14. Caillé, P.,(1992). Uno más uno son tres. La pareja revelada a sí misma. Barcelona: Paidós.
15. Calvo, I.M., Riterman, F. y Sopolansky, T.,(1982). Pareja y Familia. Vínculo-Diálogo-Ideología. Buenos Aires: Amorrortu.
16. Coria, C.,(1989). El Dinero en la Pareja. Algunas desnudeces sobre el poder. Argentina: Latinoamericano.
17. Costa, M., y Serrat, M.,(1982). Terapia de Pareja: Un enfoque conductual. Madrid: Alianza.
18. Cusinato, M.,(1992). Psicología de las relaciones familiares. Barcelona: Herder.
19. Dallos, R.,(1996). Sistemas de creencias familiares. Barcelona: Paidós.
20. Elkáim, M.,(1988). Formaciones y prácticas en terapia familiar. Buenos Aires: Amorrortu.
21. Estrada, I.L.,(1987). El ciclo vital de la familia. México: Posada.
22. Framo, J.L.,(1990). Exploraciones en terapia familiar y matrimonial. España: Desclée de Brower.
23. Franco, G.E.,(1994). La Comunicación en la familia. México: MiNos.
24. Fishman, H.Ch. y Rosman, B.L.,(1988). El cambio familiar: desarrollo de modelos. Argentina: Gedisa.
25. Fishman, H.Ch.,(1990). Tratamiento de adolescentes con problemas. Un enfoque de terapia familiar. Buenos Aires: Paidós.
26. González, A.G.,(1986). Análisis de la relación de pareja. Argentina: Nueva Visión.
27. Greenstein, T.N.,(1996). "Husbands' Participation in Domestic Labor: Interactive Effects of Wives' and Husbands' Gender Ideologies" ..Journal of Marriage and the Family. 58
28. Haak, P.,(1985). "Algunas reflexiones sobre el Movimiento de la Terapia Familiar". Revista Mexicana de Psicología. 11 (2).
29. Haley, J.,(1990). Terapia para resolver problemas. Buenos Aires: Amorrortu.

- 30.Haley, J.,(1991). Las tácticas de poder de Jesucristo. Barcelona: Paidós.
- 31.Haley, J.,(1994). Terapia no convencional. Las tácticas psiquiátricas de Milton H. Erikson. Buenos Aires: Amorrortu.
- 32.Hoffman, L.,(1987). Fundamentos de la Terapia Familiar. Un marco conceptual para el cambio de sistemas. México: Fondo de Cultura Económica.
- 33.Isaacs, M.B., Montalvo, B., Abelson, D.,(1995). Divorcio Dificil. Terapia para los hijos y la familia. Buenos Aires: Amorrortu.
- 34.Johnson, J.H., Rasbury, W.C. y Siegel, L.V.,(1992). Métodos de tratamiento infantil. Introducción a la teoría, investigación y práctica infantil. México : Limusa.
- 35.Katzev, A.R., Warner, R.L. y Acock, A.C.,(1994). "Girls o Boys? Relationship of Child Gender to Marital Inestability"..Journal of Marriage and the Family. 56.
- 36.Keeny, B. y Ross, J.,(1993). Construcción de terapias familiares sistémicas. "Espíritu" en la terapia. Buenos Aires: Amorrortu.
- 37.Kriz, J.,(1990). Corrientes fundamentales en psicoterapia. Buenos Aires: Amorrortu.
- 38.Lemaire, J.G.,(1986). La pareja humana : su vida, su muerte. México: Fondo de Cultura Económica.
- 39.Liberman, R.P., Wheeler, E.G., Visser, L.A., Kuehnel, J. y Kuehnel, T.,(1987). Manual deTerapia de Pareja. España : Desclée de Brouwer.
- 40.Linares, J.L.,(1996). Identidad y Narrativa. La Terapia Familiar en la Práctica Clínica. Barcelona : Paidós.
- 41.López, G.A.F.,(1995) "Modelos de Abordaje a la problemática familiar". Psicología y Salud. No. 6.
- 42.Ludewig, K.,(1996). Terapia Sistémica. Bases de teoría y práctica clínica. Barcelona: Herder.
- 43.Macía, A.D. y Méndez, C.,(1988). Aplicaciones Clínicas de la Evaluación y Modificación de Conducta. Madrid: Pirámide.

44. Madanes, C.,(1993). Terapia familiar estratégica. Buenos Aires: Amorrortu.
45. Minuchin, S. y Fisman, H.Ch.,(1993). Técnicas de terapia familiar. México: Paidós.
46. Minuchin, S. y Nichols, M.P.,(1994). La recuperación de la familia. Relatos de esperanza y renovación. Barcelona : Paidós.
47. Nicoló, A.M.,(1990). "Hacia una perspectiva psicoanalítica en el estudio de la familia y de la pareja". Revista de Psicoanálisis, 47 (5-6).
48. Nieto-Cardoso, E.,(1994). Psicoterapia. México : Pax México.
49. Onnis, L.,(1990). Terapia familiar de los trastornos psicosomáticos. Barcelona : Paidós.
50. O'Neill, N. y O'Neill, G.,(1976). Matrimonio abierto. México : Grigalbo.
51. Papp, P.,(1991). El proceso de cambio. Barcelona : Paidós.
52. Pérez-Moguel, E.,(1990). "Terapia familiar: intervenciones primeras en los trastornos esquizofrénicos". Psicoterapia y Familia, 3 (2).
53. Phares, E.J.,(1996). Psicología Clínica : Conceptos, Métodos y Práctica. México : El Manual Moderno.
54. Pittman, F.S.,(1990). Momentos decisivos. Tratamiento de familias en situaciones de Crisis. Buenos Aires: Paidós.
55. Sager, C.J.,(1980). Contrato marital y terapia de pareja. Buenos Aires: Amorrortu.
56. Satir, V.,(1986). Psicoterapia familiar conjunta, México: La Prensa Medica Mexicana.
57. Satir, V.,(1988). Relaciones Humanas en el Núcleo Familiar. México: Pax México.
58. Selvini Palazzoli, M., Boscolo, L., Cecchin, G. y Prata, G.,(1991). Paradoja y Contraparadoja. Un nuevo enfoque en la terapia de transacción esquizofrenica. México : Paidós.
59. Selvini Palazzoli, M., Cirillo, S., Selvini, M. y Sorrentino, A.M.,(1993). Los juegos psicóticos en la familia. Barcelona : Paidós.

60. Simons, R.L., Whitbeck, L.B., Beaman, J., y Conger, R.D., (1994). "The Impact of Mothers' Parenting, Involvement by Nonresidential Fathers and Parental Conflict on the Adjustment of Adolescent Children". Journal of Marriage and the Family. 56.
61. Sluzki, C.E., Liberman, D., Scheflen, A.E., Jackson Don., Bleichmar, H.B., Berentein, I. y Fry, W.F., (1975). Psicopatología y Psicoterapia de la Pareja. Buenos Aires: Nueva Visión.
62. Souza y Machorro, M., (1996). Dinámica y evolución de la vida en pareja. México : Manual Moderno.
63. Ulhoa, C.M.J., (1991). "Lo no dicho del contexto familiar y la paradoja del deseo". Acta Psiquiátrica y Psicológica de America Latina. 37 (2).
64. Umbarger, C.C., (1983). Terapia familiar estructural. Buenos Aires: Amorrortu.
65. Villeau, M.P., Bergner, R.M. y Horton, C.B., (1995). "Parentification and Caretaker Syndrome : and empirical investigation". Family Therapy. 22 (3).
66. Villalobos, M.E., (1994). "La relación familiar : Algunos de sus efectos perturbadores en la organización social del sujeto". Cuadernos de Psicología. 13 (1).
67. Wachtel, P.L., (1996). La comunicación terapéutica. Principios y práctica eficaz. España : Desclée de Brouwer.
68. Walters, M., Carter, B., Papp, P. y Silverstein, O., (1991). La red invisible. Pautas vinculadas al género en las relaciones familiares. Buenos Aires: Paidós.
69. Watzlawick, P., Beavin, B.J. y Jackson Don., (1993). Teoría de la Comunicación Humana. Barcelona: Herder.
70. Weiner, I.B., (1992). Métodos en Psicología Clínica. México: Limusa.
71. Whitaker, C.A. y Bumberry, W.M., (1991). Danzando con la familia. Un enfoque simbólico-experiencial. Barcelona: Paidós.
72. Willi, J., (1985). La pareja humana : relación y conflicto. Madrid: Morata.

73. Zuk, G.H.,(1987). Psicoterapia familiar. Un enfoque triádico. México: Fondo de Cultura Económica.
74. Zuk, G.H. y Boszormenyi-Nagy, I.,(1993). Terapia familiar y familias en conflicto. México: Fondo de Cultura Económica